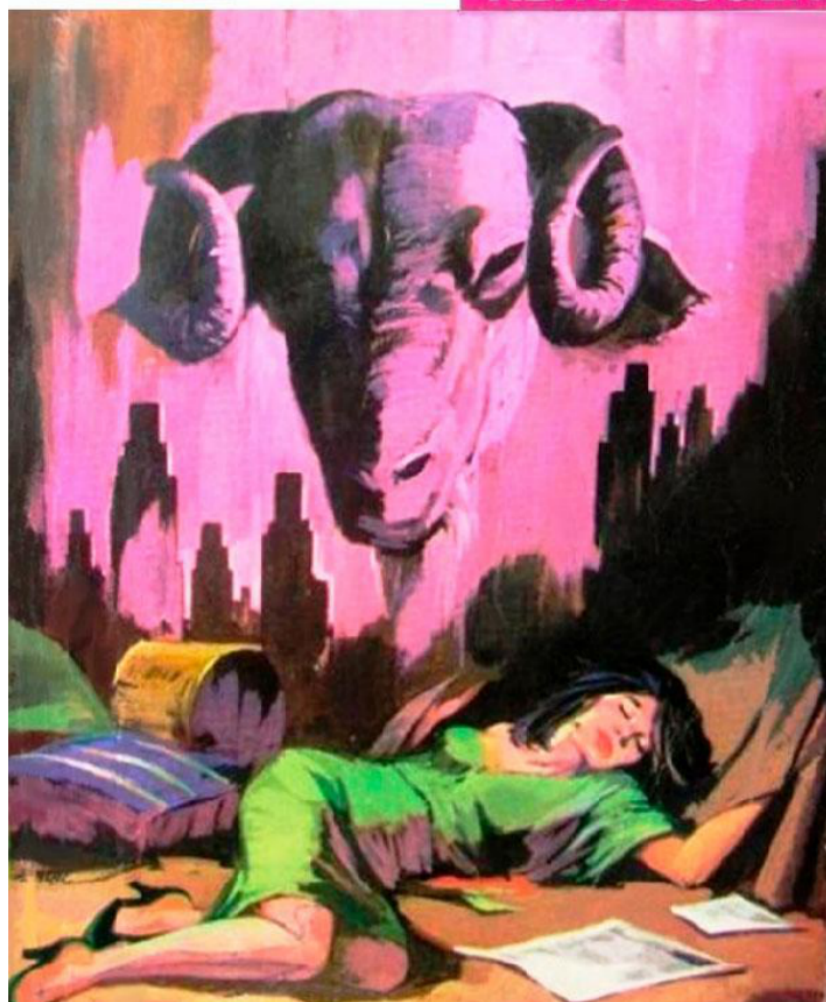


BOLSILIBROS
BRUGUERA
SERIE
**PUNTO
ROJO**

las brujas también mueren

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

LAS BRUJAS TAMBIEN MUEREN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 448

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Déposito legal: B 34.555 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1970

© KEITH LUGER, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL MARTIN - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.191 — Cómo casarse con un sheriff.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.052 — El secuestro del avión Nueva York-Moscú.

En Colección BÚFALO:

889 — Asalto al Banco de Yuma.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza es mi oficio.

En Colección KANSAS:

64-5 — Tierra de salvajes.

En Colección BRAVO OESTE:

514 — Plomo para un entrometido.

En Colección PUNTO ROJO:

438 — Una mujer perseguida.

En Colección CALIFORNIA:

724 — Más terca que una mula.

En Colección ASES DEL OESTE:

575 — Cita con el diablo.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

46 — Promesa a un hombre muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Dónde vas a pesar las vacaciones, Mark? —preguntó John Mayer, director del diario Star.

—En el Paraíso —contestó Mark Davis, periodista, uno de los más eficaces colaboradores de Mayer.

—¿En dónde queda eso?

—No lo sabrás.

—Mark, te puedo necesitar.

—Por eso no quiero que sepas adónde voy.

—Bueno, será fácil localizarte.

—¿Tú crees?

—Estarás en un lugar dorándote al sol, acompañado por una linda mujer. Bastará que busque en Miami o en Las Vegas. —Mayer observaba atentamente el rostro de Mark para captar el detalle que le indicase que había acertado con respecto a Miami o a Las Vegas.

Pero el rostro de Mark no denotó nada. Tenía veintiocho años y era alto, fornido, de facciones varoniles, con un hoyo en el mentón, ojos azules muy claros. Sonrió.

—Vete al infierno con tus sucias trampas, jefe... Son mis primeras vacaciones en tres años y las voy a disfrutar, pese a quien pese.

—Está bien, gran hombre. Lárgate de una vez.

—Hasta la vuelta.

—Si te necesito, pondré un anuncio en el Star.

—Perderás el tiempo, porque no pienso leer ningún periódico, y eso incluye al Star.

Mark salió del despacho de su director.

Marion Stiller, la secretaria de Mayer, una joven muy mona, con unas piernas impresionantes, que mostraba gracias a su minifalda, hizo un hociquín.

—¿Te vas ya, querido?

—Sí, querida.

—Un besito para la nena.

Marion cerró los ojos y proyectó más sus labios hacia delante. Pero Mark la besó en la frente.

Entonces Marion abrió los ojos y dijo:

—¡Salvaje!

—¿Qué os pasa a las mujeres? Se os besa con ardor y uno es un cínico porque no lleva los papeles del casorio debajo del brazo. Se os besa fraternalmente y vienen los insultos. Con razón dicen que la juventud de hoy está corrompida.

—Cínico.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que me beses ardorosamente. Mark dio un suspiro.

—Marion, si sigues por ese camino, te voy a acusar ante el jefe de corromperme. Hasta la vista.

—Ojalá pases unas vacaciones infernales.

—Cariño, me buscaré una diablesa. Gracias por tus buenos deseos.

Mark se despidió de otros cuatro compañeros y abandonó el edificio del Star.

Le llevó media hora preparar su maleta. No, no iba a Las Vegas ni a Miami. Gracias a un compañero, sabía que existía otro paraíso muy poco conocido por la gente, una isla del mar Caribe. Se vio allí, en una dulce noche, con una dulce mujer, a la que decía dulzuras.

Cogió la maleta, abrió la puerta y ya iba a salir de su apartamento cuando sonó el teléfono.

Se detuvo y miró a su espalda. El teléfono seguía sonando.

«Cuidado, Mark. Esa llamada puede ser peligrosa. Podría romper hasta tus vacaciones. No te acerques a la mesa. No descuelgues. Vamos, muchacho, ¿qué estás esperando? Lárgate. Después de todo, sólo puede ser Bárbara, Elizabeth, Priscila, Joan, o cualquiera que se encuentra sola y necesita tu compañía. Pero siempre las podrás encontrar cuando regreses. Y es preferible conocer algo nuevo porque te reportará nuevas sensaciones».

De pronto se encontró andando hacia el teléfono. Dejó la maleta en el suelo y descolgó.

Oyó una respiración jadeante a la otra parte.

—Quienquiera que sea, no debió marcar mi número —dijo.

Continuó la respiración entrecortada.

—¿Señor Davis?

No era voz de mujer, sino de hombre, y había pronunciado su nombre a golpes entre sílaba y sílaba.

—Sí, Mark Davis, ¿quién demonios llama?

—Eso no importa.

—¿Qué quiere?

—Darle un mensaje.

—No acepto mensajes.

—Éste es importante.

—Oiga, ¿está chiflado?

—No diga eso. ¡No lo diga!

—Está bien. No se enfade.

—Debe estarme agradecido.

—¿Por qué?

—Porque le voy a dar la exclusiva.

—¿La exclusiva de qué?

—De un suceso.

—Oiga, ¿cree que puedo estar aquí toda la tarde haciendo preguntas tontas?

—Quizá reciba respuestas tontas, porque sus preguntas son tontas.

—¡Acabe de una vez o cuelgo!

—De acuerdo, señor Davis. Voy a acabar enseguida —la voz ronca hizo una pausa—. Vaya al 334 de Riverside Palmera. Allí hay algo que puede interesarle.

—¿Qué cosa?

Su interlocutor colgó.

Mark golpeó en la horquilla.

—¡Oiga, oiga!

Pero la comunicación no se restableció.

Dejó el receptor en la horquilla. ¿Quién era el tipo? ¿Un bromista? Trató de recordar a algún amigo que hablase como aquel hombre. No, no dio con ninguno pero, naturalmente, podía haber disfrazado la voz.

No, no iba a perder el avión. De ninguna manera lo perdería. Podía coger la maleta. Pero esta vez no llegó a dar un paso porque otra vez el teléfono se puso a sonar. Se echó a reír. Bien, el amigo se

había arrepentido. Ahora él diría: «¿Qué tal, Mark? ¿Te lo creíste?».

Descolgó.

—Hable.

—Hola, querido.

Era la voz de Bárbara, la chica que había salido en la cubierta de las mejores revistas y que *Play-boy* había incluido dos años atrás en sus centrales, mostrándola como vino al mundo en unas fotos muy artísticas, porque había sido elegida *Miss Agosto*.

—Mark, ¿por qué ladras?

—Cariño, es que tengo una espina clavada en una zarpa.

—Ven aquí. Te la sacaré con mis dientecitos.

Mark entornó los ojos. La de la broma era Bárbara y habría contado con la colaboración de uno de los tipos que mariposeaban a su alrededor.

—¿Quién fue él, Bárbara?

—¿Él? ¿Te refieres al fulano que me acompañaba en el restaurante Sandy? Sólo un ruso que se cansó del caviar y me quiso incluir a mí en su menú. Un buen chico, ¿sabes? Está aquí para hacer compras para su país, pero yo no me dejo incluir en el lote. ¿Y sabes por qué? Porque estoy loca por ti.

—Bárbara, que te la ganas.

—Oh, Mark, si estás celoso ven a darme unas cuantas palmadas donde más te guste. Tu linda masoquista las recibirá con mucho gusto.

—Me largo de vacaciones, Bárbara.

—¡Oh, no!

—No te hagas de nuevas. Lo sabías y has tratado de impedir que coja el avión.

—No te entiendo, perrito.

—Oye, perrita. Tu truco no sirvió.

—¿Por quién quieres que te jure que no he echado mano a ningún truco? Cariño, estoy muy sola. Anda, ven con tu Bárbara. El ruso me regaló discos que tú nunca has oído. Es una música maravillosa para que un hombre y una mujer pasen una velada.

—No, Bárbara. Me voy.

—No hablarás en serio, perrazo.

—Hasta la vuelta.

—¡Maldito chucho! ¡Me las pagarás!

Mark colgó y no pudo oír los insultos que Bárbara le dirigía.

Se quedó pensativo. No, desde luego no iba a Riverside Palmera.

Abandonó definitivamente el apartamento y poco después viajaba hacia el aeropuerto.

De pronto pensó que Riverside Palmera estaba muy cerca del itinerario que debía seguir. Sólo tendría que apartarse un par de calles. ¿Qué trabajo le costaba? Su avión no emprendería el vuelo hasta pasada una hora.

Apretó el acelerador y se ganó los insultos de varios conductores.

Por fin llegó a Riverside y buscó el número 334. Era una casa con jardín. Todo estaba muy oscuro. No se veía ninguna luz. Cruzó el jardín y subió al porche. La puerta estaba abierta. Sin embargo, apretó el botón. Oyó un carrillón y esperó unos instantes pero nadie acudió a su llamada. Entonces empujó aquella puerta e hizo funcionar el interruptor de la luz.

Se encontró en un gran salón con un tresillo, una biblioteca con algunos libros, un televisor apagado, pero no había nadie.

—Oiga... ¿Hay alguien en la casa?

Nadie le contestó. Empujó una puerta. Era un dormitorio y encendió una luz.

Sobre una cama vio a una mujer semidesnuda. Tenía que estar muerta porque la habían cosido a puñaladas. La sangre estaba por todas partes y los ojos de Mark se detuvieron en la pared porque sobre ella, y con la propia sangre de la víctima, habían escrito una palabra, una sola palabra:

«Aquelarre»

CAPÍTULO II

Allí estaban los de la Brigada de Homicidios.

Mark Davis fumaba un cigarrillo sentado en un sillón. Podía escuchar algunas palabras de los policías, aunque ellos procuraban hablar en voz baja.

El teniente Sam Conelly salió del cuarto donde estaba la víctima. Era un hombre de talla mediana, obeso, con cara de mal genio que parecía hecha con pequeños ladrillos resquebrajados. Había cumplido los cincuenta años, y se decía que no había pasado de teniente, porque era el más duro del Departamento. Sentía un gran respeto por Mark Davis, pero no simpatía.

—Empieza, Mark.

—Ya empecé y terminé cuando hablé con el sargento Perry por teléfono.

—¿Se lo dijiste todo?

—Todo.

El teniente soltó una risita.

—Así que no conocías a Susan Robinson.

—Supe que era Susan Robinson porque le miré el bolso y le encontré la tarjeta del seguro.

—¿Qué más le encontraste en el bolso?

—Un lápiz labial y un espejito.

—¿Una agenda con direcciones?

—No.

—¿Un cuadernito con números de teléfonos?

—No.

—¿Una carta de un amante?

—Teniente, ve demasiada televisión.

Los ladrillos resquebrajados se pusieron más rojos.

—Cuidado, Mark, estoy cumpliendo con mi deber.

—Me parece muy bien.

—Tú descubriste el cadáver y quiero saber por qué.

—Ya conté la historia.

—¿Esperas que me crea eso? ¿Una voz misteriosa? ¿Una respiración jadeante? ¿Cuál de los dos ve demasiada televisión?

—Oiga, teniente, me he comportado como un buen ciudadano y dentro de media hora sale mi avión. Tengo el tiempo justo de llegar al aeropuerto.

—Enséñame el pasaje.

Mark le mostró el billete de las líneas aéreas.

—Conque a las islas Vírgenes.

—Sí, teniente...

—Yo estuve allí. Hay muy pocas vírgenes.

—Teniente, ¿por qué no se limpia los sesos con estropajo?

—Y lo dice el periodista más mujeriego de la ciudad —repuso Conelly con sarcasmo.

—Pero tengo el cerebro limpio.

—Basta, Mark. Tú te quedas.

—¿Qué ha dicho, teniente?

—Que no te vas.

—¿Por qué no?

—Porque pudiste matarla tú.

—¿Qué?

—Ponte en mi caso.

—No puedo. Nunca sufrí un trauma.

Conelly le enseñó los dientes con una sonrisa feroz.

—Gracioso, muy gracioso.

—Celebro que le guste. Tengo otros chistes para policías duros.

—La pudiste matar y luego creaste esa coartada de la voz misteriosa y del viaje a las islas Vírgenes.

—¿Me cree tan tonto?

—Puedo ser tu padre, Mark.

—Presénteme un certificado demostrándome que lo es y me ahorco.

—¿Quién era ella? Mark dio un suspiro.

—¿Volvemos a empezar?

—Sí, volvemos a empezar.

—Gracias a la tarjeta del seguro sé que se llamaba Susan Robinson y que trabaja en una editorial.

—La Editorial Nilsson.

En aquel momento un policía habló desde la puerta.

—Teniente, el señor Nilsson está aquí.

—Que pase.

Mark se levantó alargando la mano a Conelly.

—Le deseo mucha suerte, teniente.

Conelly no estrechó aquella mano.

—Siéntate y no hagas el payaso.

—Pero mi avión...

—¡No hay avión!

Eddie Nilsson entró en el salón. Era un hombre de unos treinta años, alto, de cabello muy rubio, ojos claros. Tenía porte elegante.

—Señor Nilsson, soy el teniente Sam Conelly.

—Recibí la llamada de uno de sus hombres y aquí me tiene, teniente —miró hacia el cuarto donde estaban disparando los *flash*—. ¿Está ahí?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Apuñalada. ¿Quiere verla?

—¿Es necesario?

—No, no lo es...

—Entonces, prefiero seguir recordándola como la vi la última vez.

—¿Cuándo fue la última vez?

—Esta mañana.

—¿Era soltera o casada?

—Soltera.

—¿No estuvo casada nunca?

—No, que yo sepa.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para usted?

—Tres años.

—¿Qué hacía concretamente la señorita Robinson en su editorial?

—Era asesora literaria en el Departamento de Obras de Ficción.

—¿Y con anterioridad?

—Era escritora.

Mark Davis intervino:

—¿Qué escribía?

—Novelas policíacas pero no había tenido éxito. Sin embargo, era una mujer de una gran cultura y tenía un olfato especial para descubrir talentos literarios. En los tres años que ha permanecido con la Editorial Nilsson, descubrió a varios buenos escritores del género de ficción.

El teniente carraspeó para impedir que Mark siguiese preguntando.

—Señor Nilsson —dijo a continuación—, la persona que asesinó a Susan Robinson escribió una palabra en la pared con la propia sangre de su víctima.

Nilsson hizo un gesto de asombro.

—¿Una palabra? ¿Qué palabra?

—«Aquelarre».

—No entiendo.

Mark dejó oír su voz otra vez.

—Ya sabe lo que es un aquelarre, señor Nilsson. Una reunión de brujos y brujas.

—Sí, desde luego.

—¿Qué tenía que ver Susan Robinson con los brujos y las brujas?

—La señorita Robinson era una persona muy seria.

—Dicen que las personas que se relacionan con brujos y brujas son muy serias. Necesitan serlo para comunicarse con el diablo.

—¿Con quién?

—Dije con el diablo, señor Nilsson.

El teniente dirigió una furiosa mirada al periodista.

—¿Quieres callarte, Mark?

—Usted dijo que me quedase.

—Te dije que te quedases pero no te autoricé para que dirigieses la investigación.

—Adelante, teniente, adelante.

Conelly clavó sus ojos en el rostro de Eddie Nilsson.

—¿Qué clase de amistades tenía la señorita Robinson?

—Era una mujer un poco tímida y por ello ha tardado en hacer amistades en nuestra editorial. Que yo recuerde, sólo tenía un par de amigos. La señorita Sanford, que también es asesora literaria como Susan, y Rock Mason, el secretario Coordinador de Publicaciones de la editorial. En cuanto a la vida privada de la

señorita Robinson, la ignoro absolutamente.

—¿Me dará la dirección de la señorita Sanford y la de Rock Mason?

Un agente tomó nota de ambas direcciones.

Los hombres que habían trabajado en el cuarto de la víctima salieron.

El doctor Preston, el forense, a quien Mark conocía, se acercó a Conelly.

—Diecisiete puñaladas, teniente, si le gustan los números.

—Muy amable.

—Pero con cuatro habrían bastado. El asesino debía odiar mucho a la víctima.

—O quizá perdió la cabeza.

Los dos miraron a Mark Davis, que era quien había dicho aquello. El periodista sonrió mientras agregaba:

—El asesino pudo actuar bajo el efecto de una droga o del alcohol. El doctor sacudió la cabeza. Era un hombre con una gran ironía.

—Teniente, yo me largo antes de que el periodista me diga el nombre del asesino. No me gustan las emociones fuertes cuando he de comer pavo trufado. Le daré el informe definitivo cuando haga la autopsia.

—Gracias, doctor.

El forense se marchó.

El cadáver fue sacado en una camilla. Estaba cubierto por una sábana. Nilsson empalideció.

El teniente Conelly hizo una señal.

—¿Quiere entrar ahora, señor Nilsson?

—¿Para qué?

—Quiero que vea la palabra que está escrita en la pared.

Nilsson entró con Conelly en la habitación.

Mark siguió sentado pero, en el silencio, pudo oír al teniente Conelly y a Nilsson.

—¿Reconoce la letra de alguna persona que usted conoce? Transcurrieron unos segundos.

—No, teniente.

—Son letras mayúsculas y no alenté esperanzas de que usted me pudiese dar el nombre del asesino.

Regresaron al salón.

En aquel momento entró un agente seguido de un hombre de cabello blanco.

—Es el encargado del edificio, teniente. Alex Russell.

Conelly hizo una señal a Russel para que se acercase.

—No estaba usted cuando llegamos, señor Russell.

—Estaba jugando una partida de billar con unos amigos.

—¿Cuándo se fue a jugar esa partida de billar?

—Hace una hora.

—¿Cuándo vio por última vez a Susan Robinson?

Alex sacó un pañuelo y lo pasó por su cara para enjugarse el sudor.

—La vi cómo hace un par de horas cuando entró en el edificio.

—¿Quién la acompañaba?

—Nadie.

—¿Quién preguntó por ella después que llegó?

—Nadie.

—¿Cuántos apartamentos hay en el edificio?

—Dieciséis.

—¿Desde cuándo estaba aquí la señorita Robinson?

—Sólo desde hace cuatro meses. Son apartamentos que se alquilan amueblados. La renta es alta y por esa razón hay muchos cambios.

—¿Qué amistades tenía la señorita Robinson en el edificio?

—Creo que no llegó a tener ningún amigo... Llevaba muy poco tiempo aquí. Yo, al menos, no la vi con nadie en especial...

—Pero la visitaría alguna persona a su apartamento.

—Sí, señor, el viudo.

—¿Qué viudo?

—Henry Kramer. Pero no vive en el edificio...

—¿Tiene su dirección?

—Vive cerca de aquí, en el número 340. Bueno, creo que es mi deber contarle algo, teniente.

—¿Qué cosa?

—La señorita Robinson y el viudo, el señor Kramer, pelearon.

—¿Pelearon?

—Quiero decir que discutieron muy fuerte.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde, a las siete. La señorita Robinson llegó en el coche del señor Kramer... Yo salía justamente en ese momento y me detuve al oír las voces.

—¿Qué decían?

Alex elevó la mirada al techo como tratando recordar. Bajó los ojos y miró al teniente.

—La señorita Robinson decía: «No volveré a tu apartamento. Hemos terminado...». Y entonces el señor Kramer le contestó: «Cariño, todo es un mal entendido...». Entonces la señorita Robinson salió del coche y cerré con fuerza la portezuela y se metió en la casa. El señor Kramer bajó del coche para seguir a la señorita Robinson, pero entonces me vio y desistió porque se metió en el coche y se marchó.

—¿A qué se dedica Henry Kramer?

—Tiene una tienda de artículos de deporte en la calle Palisade. El señor Kramer subió varias veces al apartamento de la señorita Robinson.

—¿Cuándo empezó a visitarla?

—Hace aproximadamente un mes.

—¿Vio usted a la señorita Robinson con otra persona?

—No.

—Está bien, señor Russell. Si lo necesito lo volveré a llamar.

—Estoy a sus órdenes, teniente.

El encargado del edificio salió del apartamento.

—Teniente —dijo Nilsson—, estoy muy afectado por la muerte de Susan. Me gustaría marcharme.

—Puede marcharse. Ya sé que podrá disponer de usted.

—Desde luego, teniente.

Nilsson se despidió y salió muy aprisa. El teniente Conelly miró a Mark.

—¿Qué es lo que piensas?

—Que voy a perder mi avión.

—Olvidalo.

—Oiga, teniente, si me presta un par de motoristas, llegaré aún a tiempo.

—No hay motoristas.

—¡No tiene derecho a hacerme esto!

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—A ver al viudo.

—Teniente, su deber es impedir que yo intervenga en el caso. Recuerde, soy un periodista, y usted debe odiar a los periodistas porque somos peor que la peste.

—Andando, Mark. Quiero saber de qué forma escribe Henry Kramer la palabra «Aquelarre».

Mark sonrió. Estaba utilizando el único procedimiento bueno para estar al lado del teniente. Si hubiese demostrado interés por el caso, Conelly lo hubiese enviado al aeropuerto con dos de sus esbirros para asegurarse de que él, Mark, se largaba de la ciudad.

CAPÍTULO III

El teniente pulsó por tercera vez el botón de Henry Kramer.

—No insista, teniente —dijo Mark—. Kramer no está ahí dentro.

—¿Y dónde, está?

—Olvidé la bola de cristal en la maleta.

—Creí que lo sabías todo.

—Nadie es perfecto.

Sam Conelly dejó a un agente de guardia para cuando llegase Kramer.

—¿Cuál es el siguiente de la lista? —preguntó Mark.

—La dirección más cercana es la de Stella Sanford.

—Perdone, teniente, pero tengo que llamar.

—¿A dónde?

—A mi periódico.

—No hay llamada.

—Oiga, Conelly, se ha cometido un crimen y yo descubrí el cadáver.

—Llamarás más tarde.

—Como usted quiera.

Mark seguía jugando con el teniente como el gato con el ratón. Antes de llamar a la policía había telefonado a John Mayer, su director, dándole los detalles de su macabro descubrimiento, y Mayer le había anunciado que lanzarían un número extra con la noticia del crimen en la primera página.

Esta vez tuvieron suerte. Stella Sanford resultó ser una bonita pelirroja de veintisiete o veintiocho años. Se cubría con blusa roja y *shorts* blancos, y tenía en la mano un pincel de pintor.

—Hola —dijo, cuando abrió la puerta—, no compro nada.

El teniente enseñó su credencial.

—No somos vendedores, señorita Sanford. Teniente Conelly de la Brigada de Homicidios.

—Oh, perdón.

Conelly no presentó a Mark pero éste le dirigió una sonrisa a la joven.

—Pasen.

Entraron en un estudio donde había un cuadro sobre un caballete. Era un desnudo femenino.

Mark vio el desnudo, el de una hermosa joven, y dijo:

—Me gustaría ver el modelo, señorita Sanford.

—Llegó tarde. Ya se fue. Conelly arrugó la nariz.

—Mark, ¿quieres callarte?

—Sí, señor.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, teniente? —inquirió Stella Sanford.

—Asesinaron a una amiga de usted, a Susan Robinson.

Lo dijo así, brutalmente, y el bello rostro de Stella se fue tornando del color de sus *shorts*.

—Dios mío, no puede ser.

—Le pegaron diecisiete puñaladas, señorita Sanford.

—Pero ¿quién le pudo hacer una cosa como ésa?

—Es lo que tratamos de descubrir y necesitamos su ayuda. Ya hablamos con el señor Nilsson y nos informó de que la señorita Robinson era asesora literaria de su editorial, como usted.

—Sí, es cierto.

—¿Qué tal se llevaba con Susan Robinson, señorita Sanford?

—No la maté, si es eso lo que quiere saber...

—Disculpe que sea tan rudo, señorita Sanford.

Mark esbozó una sonrisa. El teniente habría sido siempre rudo y lo seguiría siendo hasta que se jubilase.

Los ojos de la joven se habían empañado de lágrimas.

—Perdonen —dijo y desapareció en un cuarto.

—¿Por qué no fue boxeador, teniente? —comentó Mark—. Tiene la fiera de un peso pesado.

—Lo fui.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué lo dejó?

—Porque tenía una mandíbula de cristal.

—Es bueno saberlo.

Stella regresó pasándose un pañuelito por los ojos.

—Lo siento, pero había tomado afecto a la señorita Robinson.

Nos llevábamos bien... Nos ayudábamos... Justamente, ayer me había pasado un manuscrito para que lo leyese. Iba a llamarla esta noche para decirle cuál era mi opinión —señaló una mesa en donde había varios libretos.

—¿Qué me dice de la vida privada de Susan? —preguntó el teniente.

Mark se acercó a la mesa y leyó la portada de uno de los manuscritos: *La muerte del juez*, por Sean Paker. Otro libreto se titulaba: *Asesinato en el cohete espacial* y estaba escrito por Roland Comer. La llamó la atención el título del tercer manuscrito: *Las brujas también mueren*, por Frank Roberts.

Stella estaba respondiendo a la pregunta del teniente.

—Susan era muy reservada con respecto a su vida particular. No me habló de su familia y yo no le pregunté. Ni siquiera sé de dónde era, ni cuánto tiempo llevaba en la ciudad. Ahora que lo recuerdo, no me dio ningún dato acerca de su pasado.

—¿Amistades?

—Que yo sepa, las naturales del trabajo. Quiero decir que se relacionaba con el señor Nilsson, conmigo, con el señor Rock Mason y algún escritor.

Mark preguntó:

—¿Frank Roberts?

—¿Cómo dice?

—Estoy preguntando si Frank Roberts era uno de los amigos de Susan Robinson.

—No sé quién es Frank Roberts, quiero decir que ha escrito ese manuscrito pero no es colaborador de la casa.

—¿Es el manuscrito del señor Roberts el que Susan le entregó para que usted opinase sobre él?

—Sí.

Conelly gruñó:

—¿A qué viene todo eso, Mark?

—El título del manuscrito es *Las brujas también mueren*.

—Dame eso.

Mark le entregó el manuscrito y el teniente empezó a hojearlo.

—¿Me quiere decir alguno de ustedes qué es lo que pasa? —preguntó Stella.

—La persona que asesinó a Susan escribió en la pared de la

alcoba una palabra: «Aquelarre».

—Oh.

—¿De qué trata, *Las brujas también mueren*, señorita Stanford?

—De brujos y brujas.

—¿Algún aquelarre?

—Sí, varios.

—¿En qué época transcurre la novela?

—En la actual.

—¿Cómo llegó el manuscrito de Frank Roberts a las manos de Susan Robinson?

—Imagino que se lo habrán entregado en la editorial. Recibimos muchas colaboraciones espontáneas y nuestro departamento está interesado, en descubrir nuevos valores. Todos los manuscritos que llegan son distribuidos entre los asesores. Cuando alguien encuentra un manuscrito positivo, lo intercambiamos para que nuestro asesoramiento sea lo más concreto posible.

Mark vio un teléfono y lo descolgó.

—Cuelga, Mark. Te dije que no llamas al periódico.

—Quiero llamar al señor Nilsson para saber quién es Frank Roberts.

—No lo sabe —contestó Stella.

—¿Por qué no?

—El señor Nilsson no debe tener ninguna noticia de Frank Roberts. Es Rock Mason, el secretario coordinador de publicaciones, quien se encarga de la distribución de los manuscritos y el que podría saber de Frank Roberts.

El teniente arrebató el teléfono de la mano de Mark.

—Yo llamaré a Rock Mason.

Marcó el número y esperó unos instantes.

—¿Señor Mason...? Aquí el teniente Conelly, de la Brigada de Homicidios. ¿Ya está enterado de la muerte de Susan Robinson...? Comprendo, le informó el señor Nilsson... Lo visitaré dentro de un rato. Pero quisiera que me informase antes acerca de un tal Frank Roberts... ¿No sabe quién es...? Verá, señor Mason, la señorita Robinson leyó un manuscrito de Frank Roberts. Su título es *Las brujas también mueren*. La señorita Robinson pasó el manuscrito a la señorita Sanford para conocer su opinión... ¿El manuscrito nunca pasó por sus manos...? ¿Está seguro, señor Mason...? Gracias por su

colaboración. Lo veré luego.

Colgó y se volvió hacia Stella y Mark.

—¿Qué dice ahora, señorita Sanford?

—Que una persona extraña a la editorial entregó ese libreto a Susan.

—¿Quién?

—Susan no me dijo nada al respecto.

Mark preguntó:

—¿Qué opina del libreto, señorita Sanford?

—Es bueno.

—¿Un nuevo valor, como ustedes dicen?

—Sí.

—¿De qué trata la novela?

—De hombres y mujeres de nuestro tiempo que tratan de resucitar el culto al diablo.

El teniente apuntó con el dedo a Stella.

—¿Quiénes son los personajes de la novela?

—Intelectuales. Se mueven en distintas esferas, pero casi todos son hombres o mujeres que obtienen grandes ingresos.

—¿Los obtienen por intervención del diablo? —preguntó Mark.

—Es lo que da a entender el autor.

—¿Novela policíaca?

—Sí, pero muy original por su trama.

—¿Cómo se comete el crimen?

—La víctima es apuñalada.

—¿Cuántas puñaladas recibe la víctima, señorita Sanford?

—Diecisiete —contestó Stella Sanford.

CAPÍTULO IV

La declaración de Stella Sanford hizo sonreír al teniente.

—Así que hemos adelantado bastante, ¿no te parece Mark?

—Según usted, el autor de ese manuscrito, Frank Roberts, es el criminal.

—Para mí no existe ninguna duda.

—Hay un fallo, teniente.

—¿Cuál?

—La señorita Sanford nos acaba de decir que Susan Robinson opinó bien acerca del manuscrito. Suponga que Susan le dijo a Frank Roberts que su manuscrito era bueno. ¿Por qué Frank Roberts iba a querer matarla?

Conelly se quedó sin habla durante unos instantes.

—Necesito a Frank Roberts para hacerle unas preguntas.

—A mí también me gustaría conocerlo. Dígame, señorita Sanford, ¿por qué se comete el crimen en la novela?

—El personaje asesinado no cree en el diablo. Es invitado a una reunión entre los brujos y las brujas y se ríe de ellos en el transcurso de una ceremonia. Uno de los brujos decide asesinarlo.

—¿Escribe algo en la pared con la sangre de la víctima?

—No.

—Ya hay una diferencia.

Conelly hizo chasquear los dedos para llamar la atención de Stella Sanford.

—¿Quién descubre el asesinato?

—Un policía aficionado.

—No veo que la trama sea interesante.

—Lo es por el ambiente que rodea a los personajes. Frank Roberts, quienquiera que sea, está muy documentado sobre la materia. A lo largo de la novela hace un estudio muy interesante de las prácticas de la brujería en todos los tiempos.

Mark ya estaba interesado en leer el libreto de Frank Roberts. Alargó el manuscrito al teniente.

—Tenga, Conelly, léalo.

—Léelo tú y cuéntamelo. Dame un resumen después.

—¿Es una orden?

—Es una orden.

Sonó el teléfono y lo descolgó Stella. Después de escuchar, dijo:

—Es para usted, teniente.

Conelly ladró por el micro.

—Habla. Tim... ¿Apareció Henry Kramer...? —Se quedó unos instantes en suspenso—. Bien, voy para allá.

Colgó y miró a Davis.

—Vámonos, Mark. Señorita Sanford, le agradezco su colaboración. Espero que no tenga que realizar ningún viaje.

—No voy a salir de la ciudad.

—Si recuerda algo relacionado con Susan Robinson, no dude en llamarme.

—De acuerdo, teniente. ¿Me permite una pregunta?

—Hágala.

La joven señaló a Mark.

—¿Quién es él?

—Mark Davis, un periodista.

—No sabía que los policías trabajasen con los periodistas.

Mark soltó una risita.

—Tocado, teniente.

Los ladrillos rojos que formaban el rostro de Conelly parecieron resquebrajarse como si se fuesen a venir abajo, pero eso no llegó a ocurrir y el teniente conservó su cara.

—Señorita Sanford, he adquirido un poco de experiencia con Mark Davis. Es mejor tenerlo al lado que a las espaldas.

El teniente se dirigió hacia la puerta. Antes de salir, Mark guiñó un ojo a Stella.

—Volveré para conocer a su modelo.

Ya en la calle, el teniente cogió por el brazo a Davis cuando se iba a meter en el coche.

—Espera un momento, Mark.

—Dígame, teniente.

—Me gustaría saber si he procedido bien dejándote sin

vacaciones en las islas Vírgenes.

Mark levantó el manuscrito.

—Hizo bien. Le podré dar noticias de lo que escribió Frank Roberts.

Viajaron hasta el edificio de apartamentos en que vivía Henry Kramer.

El viudo resultó ser un hombre de unos cincuenta años. Estaba casi ebrio, paseando por la estancia, mientras el agente Tim lo vigilaba.

Cuando el teniente y Mark entraron, Henry Kramer se dirigió tambaleante hacia Conelly.

—¡Protesto, teniente!

—¿De qué protesta, señor Kramer?

—No tengo nada que ver con la muerte de Susan Robinson.

—Tranquilícese. No hemos dicho que usted la haya asesinado.

Kramer se pasó una mano por el cabello, que tenía el color de la arena mojada.

—Ha sido duro, muy duro. Se lo aseguro, teniente. Susan Robinson era simpática, una de las mujeres más simpáticas que yo he conocido.

—¿Por qué pelearon usted y Susan?

—¿Quién le ha dicho eso?

—No importa quién lo ha dicho.

—Fue ese canalla de Alex Russell. ¡Ese puerco!

—Conteste, señor Kramer.

Kramer se fue hacia un mueble-bar.

—¿Quieren un trago? Oh, no sé por qué lo pregunto. Son policías y están en acto de servicio.

—Un *whisky* en las rocas para mí —dijo Mark.

Kramer lo miró con el ceño fruncido.

—¿Le sirvo, teniente?

—Sí, puede hacerlo. No es policía.

—Soy Mark Davis y escribo en los periódicos, señor Kramer.

Henry puso una cara hosca.

—No le daré el *whisky* y va a salir de aquí.

—¿Por qué quiere echarme?

—No quiero que me nombre en su sucio periódico.

—Ya se metió usted en el asunto hasta el cuello, y todavía tiene

que probar que usted no asesinó a Susan Robinson.

Kramer le tiró el puño para alcanzarle en la cara pero Mark fue muy rápido e hizo un quiebro.

El puño de Kramer sólo encontró aire en su camino y cayó de bruces. Faltó poco para que aplastase la nariz contra el suelo.

—¡Maldito sea!

—Sus maneras no son muy correctas, señor Kramer —dijo Mark.

—¡Teniente! —gritó Kramer mientras se levantaba—. ¡Ordene que salga de aquí al chupatintas!

Mark vio la intención del teniente de desprenderse de él.

—Conelly, si me hace salir, me largo al Star y no cuente conmigo. Conelly no llegó a pronunciar lo que pensaba decir.

—Señor Kramer, yo soy el que manda aquí y usted no va a beber una gota más de alcohol.

—¡No tiene ningún derecho!

—Cállese o lo llevo a la comisaría.

—¡Usted no puede llevarme!

—Le apuesto doble contra sencillo a que lo encierro por ebriedad.

Kramer perdió gran parte de su coraje.

—De acuerdo, teniente. Me preguntó por qué Susan y yo habíamos peleado. Se lo diré. No tiene nada de particular. Es lo que siempre ocurre con un hombre y una mujer. Pasan juntos una temporada. Al principio las cosas van bien. Se comprenden. Pero, en un momento determinado, empiezan las discusiones. ¿Lo comprende, teniente? Eso es lo que pasó entre Susan y yo. Simplemente eso.

—Hasta ahora no ha dicho nada —repuso Mark.

Kramer lo miró con odio.

—¡Usted cierra el pico!

Conelly carraspeó.

—Señor Kramer, Mark tiene razón. Yo le he hecho una pregunta pero usted no ha dado ninguna respuesta.

—Se la he dado.

—Sólo ha dicho vaguedades. Métselo en la cabeza. Quiero saber qué clase de relaciones sostenía con la víctima.

—Pasaba el rato con Susan Robinson. ¿También tengo que darle detalles de lo que hago cuando salgo con una mujer?

—No, de momento quiero que me hable únicamente de Susan Robinson.

—Está bien. Susan se lo creyó conmigo. Pensó que me iba a casar con ella. Dijo que iba a tener un hijo de mí.

—¿Cuándo se lo dijo?

—Ayer. Pero yo no la creí. Era un engaño, una estratagema de Susan para que me casase con ella.

—¿Por qué no lo creyó?

—Teniente, ¿es que no sabe cómo son las mujeres? ¿Por qué iba a ser yo? ¿Por qué?

—Ella tendría motivos para saberlo.

—Para mí no valía eso.

—Es usted un cerdo —dijo Mark.

Kramer se abalanzó de nuevo sobre Mark, pero esta vez el periodista no se estuvo quieto y lo detuvo pegándole en el pecho.

—¡No, Mark...! ¡No lo hagas! —gritó el teniente.

Pero el aviso llegó demasiado tarde porque el puño de Mark ya había cascado la mandíbula de Kramer, quien se desplomó.

El teniente puso una mano en el hombro de Davis y lo hizo girar bruscamente.

—Mark, no debiste pegarle. Lo habría hecho yo.

Kramer se volvió a levantar. Le corría un hilillo de sangre por la comisura de la boca.

—¿Es así como trata a sus detenidos, teniente?

—No, a otros los despellejo.

—¡Lo demandaré, teniente!

—Puede hacer lo que quiera, Kramer. Sigamos con el interrogatorio. Usted estaba diciendo que discutió con Susan acerca del hijo que supuestamente ella iba a traer al mundo.

—Ése fue el motivo de la discusión. Susan quería casarse conmigo y yo le dije que me gustaba la libertad, y que ya había estado casado una vez y que con una experiencia me bastaba. Fue lo que discutíamos en el coche cuando ese soplón de Alex Russell nos vio. Luego Susan se marchó a su apartamento y fue la última vez que la vi viva.

—¿Dónde estuvo esta tarde entre las seis y las siete?

—Por ahí.

—¿Dónde?

—¡Maldita sea! Estuve con una chica llamada Margaret Lewis.

—¿A dónde fue con ella?

—A un restaurante. Se llama Montaña Blanca. Nos vio mucha gente allí.

—¿Cuál es la dirección de Margaret Lewis?

—¿Por qué la tienen que meter a ella en esto?

—Porque da la casualidad de que es su coartada.

Henry Kramer dio la dirección de Margaret Lewis, que el agente Tim apuntó en un cuaderno.

Conelly descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Doctor Preston? Aquí el teniente Conelly. Hay una novedad. La víctima iba a tener un hijo. ¿Ya lo comprobó? Gracias, doctor.

Conelly dejó el auricular en la horquilla.

—Una mala noticia para usted, señor Kramer.

—¿A qué se refiere?

—Susan Robinson no le engañó. Iba a tener un hijo.

—¿Eh?

La expresión de Kramer era estúpida.

—Tengo que detenerlo, señor Kramer.

—¿Detenerme por qué?

—Tuvo un motivo para asesinar a Susan Robinson.

—¡Le he dicho que estuve en el restaurante Montaña Blanca con Margaret Lewis!

—Si comprobamos eso, lo soltaré.

—¡Haga la comprobación antes de detenerme!

—Señor Kramer, deje que sea yo quien dirija este baile.

—Se va a arrepentir, teniente. ¡Le juro que se va a arrepentir!

Conelly hizo una señal a Tim y éste atrapó a Kramer por el brazo y lo impulsó hacia la puerta.

El teniente y Mark se demoraron en el corredor.

—¿Me necesita, teniente?

—No, por ahora.

—Leeré el manuscrito y le llamaré a la oficina.

—Deja de fantasear con los brujos y las brujas —miró a Kramer—. Tuvo un motivo para matarla y estoy seguro de que también tuvo la oportunidad.

CAPÍTULO V

Mark Davis estaba leyendo las últimas páginas del manuscrito de Frank Roberts. Era realmente bueno, impresionante.

Había un personaje por encima de todos los demás. Era una bruja pelirroja llamada Gisela, de belleza arrebatadora, plena de seducción, de ojos muy grandes, azules, de movimientos lánguidos. Era ella realmente la que mataba a la víctima aunque era otra persona, un hombre, el que usaba el cuchillo.

Gisela era una especie de gran sacerdotisa de aquel extraño rito, de aquellas ceremonias secretas que daban culto al diablo.

El protagonista, un joven de unos veintiocho años, conoció a Gisela en un club nocturno llamado Salem y se sentía seducido por ella, y Gisela se enamoraba también de él, y ella trataba de atraerlo al grupo de los brujos y las brujas. Pero Roy Hanssen, que así se llamaba el muchacho, era un escéptico, y estaba más de acuerdo con los *hippies* que con Gisela y sus amigos, y se reía de ellos en plena ceremonia. Entonces Gisela, llena de odio, ordenaba la muerte de Roy.

Un profesor de Universidad, un tipo un poco despistado, aficionado a las investigaciones policíacas, descubría la verdad, ya que la policía había acusado del crimen, precisamente, a un *hippy* que fue amigo de Roy Hanssen, ya que ambos habían disputado en una ocasión por una chica llamada Rosie.

Lo de menos en el manuscrito era esta investigación policíaca, sino el ambiente en que se movían los personajes, como había dicho Stella Sanford.

Mark cerró el libreto tras haber llegado a la palabra fin. Fumó un cigarrillo pensativo. Le iba algo por la cabeza, pero tendría que comprobarlo.

Marcó el número de un amigo, Norman Gardner, que conocía todos los establecimientos expendedores de bebidas de la ciudad.

Había sido internado dos veces en un sanatorio de recuperación para alcohólicos.

Sonó tres veces el timbre y al fin descolgaron.

—Aquí Mark Davis... ¿Norman Gardner?

—Soy su mujer.

—Perdón, señora, quisiera hablar con Norman.

—No está en casa.

—¿Dónde lo podría encontrar?

—Yo también quisiera saberlo.

—¿Sabe si está en la ciudad?

—Está en la ciudad, señor Davis, pero hace cuatro días que no veo a Norman. Creí que sería la policía. Siempre son ellos los que le encuentran.

La señora Gardner colgó y Mark lo hizo a continuación. Tendría que buscar a Norman Gardner por sí mismo. Cuando salió del apartamento, estaba lloviendo.

Empezó a recorrer los locales que Norman Gardner podía frecuentar, los de tercera o de más ínfima categoría, tugurios que funcionaban como bares. Uno, dos, cuatro, seis. Ya había empezado a desalentarse cuando descubrió a Norman en El Escarabajo de Oro, una covacha inmundada. Estaba en una mesa del fondo, a solas, contemplando una botella vacía.

—Hola, Norman.

Gardner lo miró con los ojillos entornados.

—No lo recuerdo.

—Mark Davis, el periodista del Star.

Norman le sonrió.

—¿Quiere escribir sobre los alcohólicos...? Yo le puedo ofrecer un buen reportaje. Pero con una condición. Que me pague un trago.

—No.

—Sólo tendrá que pagarme un trago a cambio de lo mejor que usted haya escrito.

—Yo te diré lo que quiero. Estoy buscando un local que se llama Salem.

—¿Salem? ¿Para qué quiere ir allí?

—No es asunto tuyo.

—Lárguese, Davis, y déjeme en paz.

—Puedo preguntar a otra persona.

—Puede preguntarlo pero no le contestará.

—¿Por qué crees que eres el único en saber dónde está ese local?

—Porque no se llama Salem. Se llama de otra forma. Sólo algunos clientes lo llaman Salem.

—Hice algo por ti, Norman. Ahora ha llegado el momento de devolverme el favor.

—Oh, sí, usted me hizo el condenado favor de meterme por primera vez en un sanatorio de rehabilitación. ¿Sabe lo que es aquello? Una porqueriza. Ande, lárguese.

—De acuerdo, Norman, si te quieres seguir arruinando, yo no lo voy a impedir. Tendrás tu trago.

Norman levantó los ojos y sonrió.

—Una botella.

—¿Eh?

—Que quiero ahora una botella por la información.

—Eres un...

—Sí, soy un puerco. Por eso me llevó usted a la porqueriza. Pero ahora estoy fuera de ella y yo soy el que impone las condiciones. Una botella es el precio. Una botella por decirle dónde está Salem.

—De acuerdo. Pide la botella.

Mark hizo una señal al camarero. Este trajo una botella y la dejó sobre la mesa. Norman la contempló como un hombre enamorado contempla a su amada. Mark le puso una mano en el hombro.

—Estoy esperando.

—El verdadero nombre de Salem es La Caja de Música.

—¿Dónde está?

—No lo recuerdo.

—Tienes que recordarlo.

—Espere un momento. No me atosigue. Es demasiado exigente...
Me falta un trago, simplemente un trago, para recordar.

Se llevó el vaso de *whisky* y bebió con avidez.

—¿No quiere beber conmigo, Davis?

—No. Sólo me interesa que termines la información.

Norman bebió otro trago. Su mano temblaba.

—No vaya, Davis.

—¿Por qué no?

—Es un sitio malo.

—¿Malo para quién?

—Para todos los que no son creyentes.

—La dirección, Norman.

—Calle 314, número 474.

—Gracias.

—¿Cree usted en las brujas?

—No.

—Pues debería creer. Allí están muchas de ellas y también hay brujos. Fui una vez, ¿sabe? Y no pienso volver. Tuve un amigo. Estuvo allí... Apareció muerto. Un accidente. Eso dijeron los «polis» —se echó a reír—. Pero yo sé que no fue un accidente. Ellos lo mataron. Los brujos y las brujas... Spencer, aparentemente, murió atropellado por un coche que se dio a la fuga, pero yo sé que fueron los brujos. Se lo juro, señor Davis. Lo sé.

Mark dejó dinero sobre la mesa para pagar la botella.

—Hasta la vista, Norman.

—También lo matarán a usted si intenta algo contra ellos, señor Davis.

Mark se encogió de hombros. Poco después, corría en su coche hacia la calle 314 Este. Vio las luces de neón. La Caja de Música.

Dejó el coche un poco más arriba y siguió andando. La entrada era una escalera de caracol muy estrecha.

Abajo estaba oscuro, con luces rojas tenues.

Se oía una música pop. Había mucha gente en La Caja de Música. Tres parejas bailaban en una pequeña pista.

Una mano detuvo a Mark cogiéndolo por el brazo.

—Lo siento, señor, pero no hay mesas.

—Me quedaré en la barra.

El camarero sonrió.

—Lo siento, señor, pero la barra también está llena.

Lo invitaba correctamente a que saliese pero a Mark le había costado mucho trabajo llegar a aquel lugar. Se llamaba La Caja de Música y para ciertas personas tenía otro nombre, Salem, y era el local donde los dos principales personajes de la novela de Frank Roberts se conocían.

Hizo un disparo al azar.

—Busco a Gisela.

—¿A quién ha dicho?

—A Gisela.

—Gisela, ¿qué más?

—Sólo Gisela.

—¿Quiere esperar en la barra?

—Gracias.

Se fue a la barra, donde había mucha gente, pero se apartaron dos personas y Mark tuvo un hueco.

—Un *whisky* en las rocas —pidió Mark al barman.

Mark vio cómo el barman le ponía dos cubitos de hielo y escanciaba el *whisky* sobre ellos. Cogió su vaso y bebió un trago.

De pronto olió un extraño perfume. Se volvió hacia la izquierda sabiendo que allí había una mujer.

Y era ella. Una pelirroja de rostro bellísimo, ojos grandes, azules y labios rojos, sensuales.

—Buenas noches, Gisela —dijo Mark.

Ella no le contestó pero siguió observando atentamente el rostro varonil. Mark vio en aquellos ojos el poder de las brujas.

CAPÍTULO VI

—¿Quién es usted?

Gisela se cubría con un vestido de noche negro de poco escote. Los senos eran pequeños.

—Harry Osborn.

—No me dice nada su nombre.

—Quería conocerla.

—¿Quién le habló de mí?

—Un amigo.

—¿Quién es su amigo?

—No puedo decir su nombre.

—¿Por qué no puede?

—Está bien, se lo diré. Se llama Norman Gardner.

—No conozco a ningún Norman Gardner.

—Él estuvo aquí varias veces y me habló de usted.

—¿Qué le dijo de mí?

—Solamente que aquí había visto a una diosa de cabello rojizo.

Mi amigo me aseguró que era la mujer más atractiva de la ciudad. Yo no le creí pero logró interesarme, porque habló una y otra vez de usted. No tenía pensamiento de venir esta noche a este local. Salí de mi apartamento. Estaba lloviendo y me puse a correr por las calles en mi automóvil, despacio, sin prisa. Y de pronto pasé junto a este local La Caja de Música. En ese momento no me acordaba de usted pero al ver el anuncio de neón, recordé lo que mi amigo me dijo de usted. Bueno, esto es todo. Sentí interés por conocerla.

Ella se quedó mirándole en silencio. Había desaparecido el gesto adusto que durante unos minutos había permanecido fijo en su bello rostro.

—¿Quiere un trago, Gisela?

—Sí.

—¿Qué toma?

—Lo mismo que usted.

Mark hizo una señal al barman.

—Otro *whisky* en las rocas.

Mark entregó el vaso a Gisela y sus dedos se rozaron. Sintió un escalofrío porque tuvo la impresión de que de Gisela manaba un extraño magnetismo.

—Por usted, Gisela.

—Por usted, Harry.

Bebieron y luego Gisela dijo:

—¿A qué se dedica, señor Osborn?

—Soy agente de seguros.

—¿Trabaja en la ciudad?

—Muy poco. Voy por los pueblos del Estado. Lo prefiero. La vida de la ciudad no se ha hecho para mí. Odio todo esto, los automóviles, el aire enrarecido, las aglomeraciones.

—¿Casado?

—No.

Mark se echó a reír.

—¿De qué se ríe, Harry?

—Tiene mi ficha completa. Yo vine aquí para conocerla, y todavía no sé nada de usted.

—Hay poco que decir de mí.

—Me conformaré con ese poco.

—Soy escultora.

—¿Es posible?

—Sí.

—Me gustaría ver sus trabajos.

—Va demasiado aprisa, Harry.

—Disculpe, pero es que con usted me ocurre una cosa.

—¿El qué?

—Mi amigo me habló tanto de su persona que es como si la conociese desde hace mucho tiempo.

—No estoy sola.

—¿Con quién está?

—Con un hombre. Cenamos juntos esta noche, y ya lo ve, tuve que dejarlo para saber quién preguntaba por mí.

—¿Es él importante en su vida?

—No, sólo es un amigo.

—Bueno, entonces le haré una proposición. Plante a su amigo y lléveme a su estudio.

—No puedo hacer tal cosa.

—¿Por qué no? Él ha gozado de su compañía durante mucho tiempo. ¿No puedo concederme a mí al menos una hora?

—Es usted atrevido.

—No, no lo soy. Pero usted me ha fascinado durante varios días. Pensé que mi amigo mentía, que usted era un personaje inventado por él. Y de pronto, entro aquí y me encuentro con que es de carne y hueso.

—Haré una cosa, Harry.

—Diga.

—Iré con mi amigo a mi casa. Usted nos seguirá en su coche. Me despediré de él en la puerta. Espere a que mi amigo se haya alejado para acercarse.

—Trató hecho.

Gisela dejó el vaso, sonrió a Mark y se sumergió en la oscuridad de la sala.

Mark terminó de beber su *whisky* y vio a Gisela en compañía de un hombre alto, de cabello blanco.

Gisela no le dirigió una sola mirada.

Mark pagó los *whiskys* y caminó hacia la salida.

Gisela y el hombre del cabello blanco se estaban metiendo en un coche rojo. Mark tuvo que darse prisa en ir por su automóvil.

El coche rojo pasó por frente a él y se puso a seguirlo.

La primera parte de su encuentro con Gisela había salido bien. ¿Quién era Frank Roberts, el autor del manuscrito que tan exactamente había descrito a Gisela? ¿Y si Frank Roberts era un hombre que se había enamorado de Gisela y la había usado para convertirla en la bruja del relato? Un escritor se concede algunas licencias para llegar a su objetivo. Todos los escritores se basan en personajes vivos que luego transforman en el crisol de su mente, cuando están realizando la creación literaria.

Tuvo la sensación de que estaba siguiendo una pista falsa.

Gisela era una maravilla como mujer, pero no se la imaginaba como gran sacerdotisa de aquella extraña religión que rendía culto al diablo.

Mientras corría detrás del coche rojo fumó un cigarrillo. Al final

el vehículo se detuvo.

La atractiva pelirroja salió del coche y también lo hizo el hombre del cabello blanco. Los dos estaban hablando.

Mark pensó que él quería subir al estudio de Gisela para beber una copa, pero ella se excusaba, y luego él se inclinó sobre Gisela, la besó en la mejilla y se despidieron.

El automóvil rojo se marchó por el fondo de 13 Street.

Mark saltó de su auto.

Gisela le esperaba ante la puerta del edificio de apartamentos.

—Hola, dijo Mark.

—Hola.

Ella abrió la puerta de la calle y él fue detrás. Se metieron en el ascensor sin pronunciar una sola palabra y Gisela apretó el botón de la última planta.

—Vamos derechos al cielo —dijo Mark.

Había elegido las palabras justas porque ella era la diablesa del infierno y, por unos instantes, sintió la mirada de Gisela sobre sí.

—Perdone si dije una cursilería —se disculpó Mark.

—No, no la dijo.

Mark tuvo la impresión otra vez de que pisaba terreno resbaladizo. No, ella no se comportaba como la bruja del relato de Frank Roberts. ¿Qué edad tendría?

¿Veinticinco años? Sonrió pensando que Roy Hanssen, en cierta parte de la novela de Roberts, le decía a Gisela:

«—¿Cuántos años tienes, Gisela? ¿Noventa años? ¿Cien? ¿Doscientos cincuenta?». Y Gisela le había contestado a Hanssen:

«—Tengo todos los años del mundo».

—Ya llegamos —dijo Gisela, rompiendo el hilo de los pensamientos de Mark.

Abrió con otra llave la puerta del apartamento y Gisela dio vuelta al conmutador de la luz.

Mark se encontró en un amplio estudio donde había muchas estatuas, algunas de ellas cubiertas con paños oscuros.

Había varios desnudos, masculinos y femeninos, pero no descubrió ninguna estatua que le recordase el culto al diablo.

—Póngase cómodo, Mark. Yo me voy a cambiar.

—De acuerdo.

—Hay un bar al fondo.

—Ajá.

Gisela desapareció por una pequeña puerta que dejó entornada. Mark fue al bar y habló desde allí.

—¿Gisela?

—Sí —le llegó la voz lejana de Gisela.

—¿Martini o prefiere seguir bebiendo *whisky*?

—*Whisky*.

Mark preparó dos *whiskys* con hielo. Luego se acercó al lado opuesto, donde estaban las estatuas cubiertas.

Tiró de un paño y vio a una mujer con una cara horrorosa. Y Mark pensó en una bruja.

Dejó al descubierto otra estatua y vio una nueva fea bruja.

A Mark le invadió una sensación de malestar. Descubrió una tercera estatua y dio un respingo.

Era un macho cabrío, un macho con largos cuernos, de pie, con las pezuñas delanteras levantadas, sentado sobre los cuartos traseros.

Era el macho cabrío que representaba al Diablo.

CAPÍTULO VII

—¿Me da mi *whisky*?

Era la voz de Gisela. Había surgido a su espalda. Mark se volvió y vio a Gisela al lado de la puerta. Se cubría con una bata que marcaba con nitidez sus curvas.

Ella también miró al macho cabrío y dijo:

—Es un encargo.

Mark se fue al bar a por el vaso y se lo dio. Otra vez se rozaron sus dedos y Mark sintió que la piel de ella estaba tibia.

Miró las dos horribles viejas.

—¿Quiénes son ellas?

—Forman parte del grupo. Luego quedarán unidas. El macho cabrío estará en el centro, y ellas a su alrededor.

—Parecen brujas.

—Son brujas, según el concepto que nos legaron los artistas del pasado.

—¿Se refiere a que están en un aquelarre?

—Es el título del grupo escultórico. El Aquelarre.

—Su cliente debe ser una persona muy extraña.

—Yo estoy acostumbrada a toda clase de encargos.

Gisela se sentó en un sofá.

Mark había querido sacarle el nombre del cliente. Pero ¿por qué iba a existir tal cliente?

Fue al lado de Gisela. Se miraron a los ojos. De pronto Gisela alargó su brazo y lo pasó por el cuello de Mark y atrajo su cabeza.

Mark vio en un primer plano cinematográfico los labios entreabiertos de Gisela. Eran rojos, tan rojos como la sangre, y estaban húmedos. Y luego ya no pudo verlos porque aquellos labios se apartaron de su línea de visión y se aplastaron contra los suyos.

—Oh, perdón —dijo una voz.

Gisela se apartó de Mark bruscamente.

Mark miró hacia la puerta. Allí había una joven rubia, bonita, de unos veinte años.

—Perdona, Gisela, creí que estabas sola.

—¿Cómo estás, Laura?

—Muy bien.

—Te presento a Harry Osborn. Ella es Laura Hudson. También esculpe. Vive en el estudio de enfrente.

—Encantado, Laura.

—Hola, Harry.

—¿Quieres un *whisky*? —preguntó Gisela.

—No, ya me voy. Sólo quiero hacerte una pregunta.

—¿De qué se trata?

—¿Habrá reunión mañana por la noche?

—No.

—¿Por qué no? Dijiste que la habría.

—He cambiado de opinión.

—Gisela, tú me prometiste...

—No te prometí nada. Márchate.

—Está bien. Gisela, pero no te enfades conmigo.

—Buenas noches, Laura.

—Buenas noches, Gisela. Adiós, señor Osborn.

—Hasta la vista —dijo Mark. La rubia salió del estudio.

—Parece una buena chica —comentó Mark cuando volvieron a quedar a solas.

—Olvidala —lo tuteó Gisela—. Es una tonta.

Gisela le puso la mano en el hombro y apoyó la espalda en el sofá.

—Harry, ¿no crees más interesante seguir haciendo lo que empezamos en lugar de hablar de Laura?

—Sí, Gisela, tienes razón. Creo que es mucho más interesante.

Mark se inclinó sobre Gisela y se besaron.

Se oyó un trueno y Mark se apartó.

Llovía torrencialmente. Por los grandes ventanales corrían arroyos de agua.

—Me gustan las tormentas —dijo Gisela.

—Yo prefiero el cielo azul con un buen sol.

—El cielo azul con sol es quietud, serenidad, monotonía. La tormenta es dinamismo, actividad desatada, energía en los cuerpos

celestes.

Los ojos de Gisela se habían agrandado y hablaba sin mirar a Mark porque los tenía fijos en uno de los ventanales. El cielo era iluminado una y otra vez por los relámpagos, a los que seguían los ensordecedores truenos.

Gisela se levantó y caminó como extasiada hacia los cristales sobre los que caía el agua del cielo.

—Es la llamada de la Naturaleza. ¿No sientes nada, Harry? ¿No sientes en tus venas correr la sangre con más vigor?

—Es posible.

—Ven aquí y abrázame.

Mark fue al lado de Gisela. Ella continuaba con los ojos brillantes, la respiración entrecortada.

—¿Qué estás esperando para estrecharme entre tus brazos, Harry?

Mark pensó que aquella mujer se parecía más ahora al personaje del relato de Frank Roberts. La estrechó entre sus brazos y ella también se apretó contra él. Una vez más unieron sus labios.

Y justamente, como había ocurrido antes, la puerta se abrió y una voz que no era la de Laura rugió:

—Me engañaste, Gisela.

Era el hombre del pelo blanco.

—¿Qué haces aquí, Walter?

—Vine porque no me creí tu jaqueca.

—Vete.

—Me iré cuando haya hecho pedazos a este hombre.

—Estate quieto.

—¡No me quedará quieto!

Walter avanzó sobre Mark.

—¡Párate, Walter! —volvió a decir Gisela.

Pero Walter no le hizo ningún caso y continuó avanzando sobre Mark.

El periodista no tenía ningunas ganas de que aquel hombre fuerte lo cocease. Lo recibió con un derechazo al estómago.

Walter se tambaleó mientras se doblaba en dos.

—¡Maldito!

—No quiero pelear con usted, Walter.

—Sólo fue el primer *round*.

—Confórmese con eso.

—No, maldito. Hay otro *round* y ése lo voy a ganar yo.

Se dirigió de nuevo sobre Mark pero éste tomó precauciones para evitar ser cazado como antes.

—Eres un tipo ridículo, Walter —dijo Gisela.

—No te metas en esto.

—Tengo que meterme porque ésta es mi casa.

—Pero no es la de él.

—Harry es mi invitado.

—Yo estaba invitado antes que él.

—Eres un estúpido, Walter. No tengo ninguna obligación de darte cuenta de lo que hago.

—Yo creí que sí.

—Pues estabas equivocado.

Walter saltó sobre Mark creyendo que éste se había distraído con aquella conversación. Nuevamente cometió un error y lo pagó caro. Mark le propinó un gancho en la mandíbula.

Walter voló por encima del sofá y rodó por el suelo hasta estrellarse contra la pared.

—Lo sacaré de aquí —dijo Mark.

—No, no lo saques. Cuando se restablezca, querrá seguir peleando. Por eso será mejor que te vayas tú.

—Vaya, es la primera vez que el vencedor sale derrotado.

—Lo siento, Harry, pero yo tuve la culpa por traerte.

—¿Ya estás arrepentida?

—No, no lo estoy —le sonrió Gisela.

Mark dio un suspiro. Tal como estaban las cosas, no podía seguir allí con la compañía de Walter, porque no adelantaría nada en su investigación.

—De acuerdo Gisela, me marcharé pero quiero verte muy pronto.

—Mañana.

—De acuerdo.

—Mi número está en la guía, y mi nombre completo es Gisela Martin.

—Te llamaré mañana antes del mediodía.

—Estaré aquí.

Gisela lo acompañó hasta la puerta.

Ella se puso de puntillas y lo besó en los labios.

—Hasta mañana, Harry.

—¿Nos molestará también Walter?

—No, te aseguro que no. Yo me ocuparé de eso.

Mark sacudió la cabeza y salió del estudio de la pelirroja. Ella todavía le dijo adiós con la mano y cerró la puerta. Mark llamó al ascensor.

De pronto vio aparecer a Laura por el fondo del corredor.

—¿Le gusta Gisela?

—Sí.

—Debe alejarse de ella.

—¿Por qué?

—No es mujer para usted.

—¿Y por qué crees que no es mujer para mí?

—Le hará daño.

Mark sonrió.

—Ninguna mujer me ha hecho daño hasta ahora.

—Gisela se lo hará.

—¿Por qué ha de ser Gisela?

—Gisela le hace daño a todos los hombres que se acercan a ella.

—¿Y por qué me quieres defender tú de Gisela?

La joven se quedó sin habla unos instantes. Se mordió el labio inferior. De pronto, dio media vuelta y desapareció en su estudio.

Mark tuvo deseos de seguirla, pero desistió porque sería muy malo para él que Gisela lo descubriese en compañía de Laura. Las cosas iban bien y no podía permitir que se torciesen.

En el camino de regreso a su apartamento, pensó en las sensaciones que había experimentado con Gisela desde que la vio en La Caja de Música. Volvió a recordar palabra por palabra lo que ella le había dicho, tratando de llegar a unas conclusiones.

¿Qué tenía que ver Gisela con el asesinato de Susan Robinson? Tendría que esperar al día siguiente para contestar esas preguntas.

Estaba tomando una ducha caliente en su apartamento cuando sonó el timbre de la puerta.

Mark acudió a abrir. Era el teniente Conelly.

—He marcado varias veces tu número.

—Estuve en una fiesta.

—¿De brujos y brujas?

—Es posible.

—Perdiste el tiempo.

—¿Qué quiere decir, teniente?

—Pulvericé la coartada de Henry Kramer. No estuvo en compañía de Margaret Lewis, ni fue al restaurante Montaña Blanca.

—Sólo falta que me diga que Henry Kramer ha confesado.

—Casi.

—¿Qué quiere decir casi?

—Ha admitido que a las seis y media entró en el apartamento de Susana Robinson. Tenía una llave... Según Kramer la muchacha ya estaba muerta, pero, naturalmente, eso no lo puede creer nadie. Tengo el caso listo para el fiscal del distrito.

—Enhorabuena.

—No pareces muy satisfecho.

—No, no lo estoy.

—¿Por qué no?

—Por los brujos y las brujas.

Conelly movió la cabeza y bostezó.

—Estoy muy cansado. Me voy a dormir —golpeó con el dedo índice el pecho de Mark—. Y te aseguro que no voy a soñar con brujos y brujas.

Luego salió del apartamento.

Pero Mark, aquella noche, soñó con el Aquelarre, con brujas feas de piel arrugada y encías desdentadas, y con el macho cabrío, que presidía la ceremonia con sus largos cuernos, sus pezuñas, sentado sobre los cuartos traseros.

Y el macho cabrío decía:

—Queridas mías, sólo me falta tener conmigo a Mark Davis. Tenéis que traérmelo. ¿Lo entendéis? ¡Mark Davis!

Y las brujas reían. Y una de ellas de pronto se pareció mucho a Gisela, una Gisela con cien o doscientos cincuenta años, la piel más arrugada que ninguna de las otras brujas y que reía a carcajadas, haciendo temblar sus senos flácidos...

CAPÍTULO VIII

Rock Mason, secretario coordinador de las Publicaciones de la Editorial Nilsson, era un hombre de unos treinta y cinco años, delgado, de mejillas chupadas.

—Es una terrible desgracia, señor Davis.

—Lo comprendo.

Se habían estrechado la mano y Mason le había señalado un sillón de cuero.

El despacho de Mason era un poco lúgubre, con las paredes cubiertas con estanterías donde había muchos libros, la mayoría de ellos encuadernados en piel. La mesa estaba llena de manuscritos.

Mark llevaba consigo una cartera de mano. Mason forzó una sonrisa.

—Susan Robinson se había granjeado todo nuestro afecto.

—¿Quién supone que la mató?

Mark había hecho su pregunta a boca de jarro y, prueba de ello fue que desconcertó a Mason. Éste señaló el periódico que había sobre la mesa.

—Aquí dice que la policía tiene al culpable... Henry Kramer... Es un malvado... Un hombre tiene que serlo para hacer lo que él hizo con Susan... Es horrible, señor Davis.

—No creo que Henry Kramer lo hiciese.

—¿Cómo?

—La policía no tiene al culpable.

—¿Habla en serio?

—Absolutamente.

—¿Por qué piensa eso, señor Davis?

—A Susan Robinson la mataron por haber leído un manuscrito.

—¡Señor Davis, no es posible!

—Lo es.

—¿Se refiere... al manuscrito de que me habló el teniente

Conelly anoche?

—Sí.

—Tenía un extraño título.

—*Las brujas también mueren.*

—Oh, sí, fue el título que me dio el teniente.

—¿Recuerda su autor?

—No.

—Frank Roberts.

—También me lo dijo el teniente Conelly.

—¿Ha recordado desde anoche a Frank Roberts?

—No, señor Davis, no lo puedo recordar porque Frank Roberts nunca trabajó para nosotros.

—Pero la señorita Robinson tenía el manuscrito.

—Le puedo asegurar que no le llegó por conducto de la editorial.

—¿Todos los manuscritos los reparte usted entre los asesores?

—Sí, señor.

—¿Cabe la posibilidad de que el manuscrito fuese dirigido directamente a Susan a través de la editorial?

—No, señor Davis. Los nombres de nuestros asesores literarios permanecen ignorados para el público. Es una medida que adoptan todas las editoriales. Si los escritores espontáneos conociesen el nombre de los asesores, les mandarían sus manuscritos directamente y les harían la vida imposible. Incluso los visitarían en su domicilio tratando de comprometerlos.

—Lo entiendo.

—Si ese manuscrito no llegó a Susan Robinson por conducto de la editorial, está claro que lo recibió en su domicilio de manos del propio autor o de algún mensajero. Y ello quería decir que, a pesar de nuestras precauciones, Frank Roberts supo que Susan Robinson era nuestra asesora literaria.

Hubo un silencio.

Mark sacó una pitillera, y extrajo un cigarrillo.

—¿Fuma?

—No, gracias, señor Davis. Fumaré de los míos.

Los dos encendieron.

—¿Han publicado ustedes libros sobre brujería, señor Mason?

—Oh, no. Nosotros tenemos dos especialidades. Los libros de viaje y los de ficción.

—¿Qué abarcan los de ficción?

—Western y policíaco. Muy pronto iniciaremos una colección relacionada con el futuro espacial.

Llamaron a la puerta y, sin esperar a que Mason autorizase la entrada, apareció Eddie Nilsson.

—Ah, hola, señor Davis, no sabía que estaba aquí.

—Iba a pasar luego a saludarle.

Nilsson traía un manuscrito en la mano.

—Rock, he leído el informe negativo sobre este libreto. Está firmado por Susan Robinson. Me llevé el manuscrito anoche a casa, y no me pareció tan malo. Quisiera que tú lo leyeras para cambiar impresiones.

—De acuerdo.

Nilsson dejó el manuscrito sobre la mesa. El título era *Un criminal a bordo* y estaba firmado por Polly Moreno.

Nilsson miró a Davis.

—Celebro que la policía encontrase al asesino de Susan.

Mason intervino:

—El señor Davis no cree que fuese Henry Kramer.

—¿No? ¿Por qué, señor Davis?

Contestó también Mason:

—El señor Davis piensa que el asesino está relacionado con el manuscrito que Susan leyó acerca de brujos y brujas.

—¿Te refieres al libreto de que me hablaste esta mañana?

—Sí.

—Pero me dijiste que ese libreto no había tenido entrada en nuestra oficina.

—Desde luego que no. Se lo dije anoche al teniente Conelly y se lo he repetido ahora al señor Davis.

Nilsson sonrió.

—¿No cree que está extremando su celo de periodista, señor Davis?

—Quizá.

—Siento que no podamos prestarle nuestra colaboración. Sin embargo, me gustaría leer ese manuscrito... *Las brujas también mueren*... ¿Me lo puede dejar?

—Desde luego.

Mark abrió la cartera de mano y extrajo el libreto que entregó a

Eddie Nilsson, el cual se puso a hojearlo, pero finalmente desistió.

Mason dijo:

—¿Quiere que lo lea, señor Nilsson?

—No, Rock. Yo lo leeré antes y después te lo pasaré.

—Como quiera. Davis se levantó.

—Me voy ya. ¿Saben una cosa? Me gustaría conocer personalmente a Frank Roberts. Es un hombre con una gran imaginación. No soy asesor literario, pero recomiendo la publicación del libreto. Es muy interesante.

—Tendremos en cuenta su opinión —le sonrió Nilsson—. ¿Verdad, Rock?

—Desde luego.

Mark se despidió de los dos hombres y abandonó la editorial. Se fue al periódico.

La secretaria de John Mayer, Marion Stiller, se estaba pintando los labios.

—Hola, grandullón.

—Hola, Marion.

—¿No hay un beso para la nena?

—Me mancharías de carmín.

—Eres un tonto. Mi carmín no deja.

—Lo siento, Marion, pero yo sólo beso a brujas.

—Bandido, ¿quién es ella?

—¿Quién va a ser? La diablesa con la que me mandaste.

—¿Tuviste la suerte de encontrarla?

—¡Y qué mujer!

Marion cogió un jarrón con flores.

—Con esto te voy a romper la cabeza, bandido. No te consiento que me traiciones.

—Cariño, ¿cuándo me he comprometido contigo?

—La noche final de año.

—¿Qué pasó esa noche?

—¿No lo recuerdas, sinvergüenza?

—Ocurrió hace siete meses. ¿Cómo quieres que lo recuerde?

—Y yo que creí que había dejado huella en ti. Miren al granuja. Yo semanas y semanas esperando que de un momento a otro te acercases a mí para decirme; «Oh, Marion, tomemos otra vez las doce uvas».

Mark arrugó el ceño.

—Yo nunca he tomado las doce uvas, Marion. Siempre me he quedado en seis.

—Pues te equivocaste. Esta vez solo tomaste dos.

—¿Y qué pasó cuando iba a tomar la tercera?

—Que la armaste.

—Entiendo, abrí la botella de champaña.

—¿Qué botella de champaña ni qué niño muerto? ¡El champaña lo guardaste para después!

—¿Después de qué?

—¡Ahora sí que te rompo el jarrón en la cabeza!

Se levantó enarbolando el jarrón con las flores y estuvo a punto de saltar un ojo a John Mayer, el director del Star que salía de su oficina a paso de carga.

—¿Qué infiernos pasa aquí?

—Oh, perdón, jefe.

—Me ibas a dejar tuerto, Marion.

—Es a Mark a quien quería dejar ciego.

—Perdonadme, muchachos, pero vuestras cuestiones particulares las resolveréis fuera de la oficina. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se apresuró a decir Mark.

Marion le dirigió una furiosa mirada, todavía con el jarrón de las flores en alto.

—Mark —rezongó el director—, me he pasado toda la mañana preguntando por ti. Entra de una vez.

Mayer fue a su oficina y Mark guiñó un ojo a Marion.

—Salvado por el gong.

—La próxima vez no habrá campana que te salve, granuja.

—¿Dos uvas nada más? ¿Estás segura?

—¡Lárgate de mi vista, malvado!

Mark la obsequió con una sonrisa y entró en el despacho de John Mayer. El director del Star ladró:

—¿Tú eres un periodista?

—Eso creo.

—¡Tú eres un plumífero!

—¿Un pato, jefe?

—¡Peor que un pato! ¡Una rana de charca!

—Gracias por el requiebro.

Mayer enarboló un ejemplar del Star.

—Pensé que nos habíamos cubierto de gloria. Mi gran periodista Mark Davis tenía la exclusiva del caso. ¿Quién mató a Susan Robinson? ¡Henry Kramer! Pero Henry Kramer tenía una coartada y el teniente hizo saltar esa coartada por el aire. ¡Y todos los periódicos publican la noticia menos nosotros!

—No lo creí de interés.

El rostro de Mayer se congestionó:

—Con que tú no creías de interés que la policía pudiese echar mano al asesino.

—No es el asesino.

Mayer fue a seguir soltando sus improperios, pero se interrumpió.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Que Henry Kramer no mató a Susan Robinson.

—¿No?

—¡No!

—¡Maldita sea! ¿Qué pruebas tienes?

—Ninguna.

—¿Y dices que Henry Kramer no la mató cuando no tienes a nadie a quien achacar el crimen?

—No, todavía no lo tengo.

—¿Cuándo lo tendrás? ¿Dentro de una hora? ¿De dos? ¿De cuatro?

—Ignoro cuánto tiempo me llevará.

Mayer volvió a enrojecer.

—Cuidado, jefe, se le puede parar el corazón.

—¡Tú me pararás a mí el corazón! ¡De eso no tengo ninguna duda! ¡Si continuas unas semanas más en este periódico me entierran! ¡Habla! ¿Qué es lo que sientes? ¿Una corazonada? ¿Es eso? ¿Una de tus cochinas corazonadas?

—Hasta ahora siempre resultaron buenas, aunque yo no lo llamo corazonadas.

—¿Y cómo lo llamas tú?

—Olfato.

—¡Al diablo con tu olfato! ¿O es que piensas que voy a publicar un número extra para decir al público: «Oigan, amigos, no hagan caso de los demás periódicos y de la policía. Tenemos un perro que

es de nueva marca y tiene un olfato sensacional, y que de un momento a otro, con su fuerte dentadura, atraparé al asesino de Susan Robinson por los cuartos traseros»?

—Oiga, jefe, ¿no le parece que sería una noticia original?

—¡Que me da!... ¡Que me da! —Mayer apretó un botón. Marion entró como una bala.

—¡Su aspirina, jefe!

—¡Dame todo el tubo, Marion!

—Se morirá.

—¡Quiero morirme para no ver la cara de este tipejo que tengo delante!... ¡Quítalo de mi vista, Marion!... ¡Por lo que más quieras, llévate!

Mark salió del despacho. Marion fue detrás.

—¿Qué le has dicho, Mark?

—Es por lo que no le he dicho.

—Explícate.

—Los demás diarios publican la noticia de que el teniente Conelly acabó con la coartada de Henry Kramer.

—¿Lo sabías tú?

—Sí.

—¿Y por qué no se lo dijiste al jefe?

—Porque Henry Kramer es un pobre desgraciado que se ha visto envuelto en el asunto por sus pocos sesos.

—Creo que hay otros desgraciados en el mundo con muy pocos sesos —repuso Marion con retintín.

—Cariño, ¿qué te he hecho yo?

—Cuando recuerdes, lo de la noche de las uvas, podrás contestar tú mismo a la pregunta.

—No es posible...

—Es posible. ¡Si lo sabré yo!

Mark se rascó detrás de una oreja.

—No lo entiendo. Palabra que no lo entiendo.

Descolgó el teléfono y marcó el número de Gisela. Oyó que descolgaban a la otra parte...

—¿Gisela? Aquí Harry Osborn.

Marion dio un respingo.

—¿Harry Osborn?

Mark cubrió el micro.

—Por favor, Marion.

—Con que Harry Osborn. Y apuesto a que le has dicho que eres el rey del petróleo.

Mark le hizo una señal para que se callara porque Gisela le estaba hablando.

—Harry, quiero verte.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿En La Caja de Música?

—No, ven a mi estudio.

—¿Alguna fiesta?

—Quiero que sea una noche inolvidable.

—Sí, Gisela.

—Te espero a las siete.

—Hasta luego, Gisela.

—Hasta luego, Harry.

Mark colgó y vio que Marion había estado escuchando por la extensión. La secretaria de Mayer golpeó la horquilla con el receptor y puso los brazos en jarras.

—Con que los dos estaréis solos... Será una noche inolvidable.

—No lo dije yo, Marion. Lo dijo ella.

—Y a ti se te ha hecho la boca agua.

—Todo lo contrario. Necesito beber.

—Te reseco de la emoción.

—Eh, Marion, siempre tienes una respuesta para herirme.

—Perdona, porque yo prefería otra cosa... ¡Estrangularte! Pero ¿sabes lo que te digo? ¡Que para ti la diablesa! ¡Y ojalá te quemes!... ¡No, no quise decir eso! ¡Ojalá te desnudes! ¡Eso es! ¡Ojalá te desnudes cuando vayas a darle el primer beso!

—Tomaré precauciones.

Mark salió de la oficina y, cuando la puerta se hubo cerrado, Marion pegó una patada en el suelo y exclamó con un gemido:

—¿Por qué no habré nacido yo para diablesa?

CAPÍTULO IX

Stella Sanford paseaba nerviosa por el *living* de su apartamento.

Se detuvo ante la mesita donde descansaba el teléfono. Alargó la mano hacia el auricular pero desistió, y reanudó su paseo de un lado para otro.

De pronto el teléfono se puso a sonar. Stella dio un grito.

Se repuso enseguida, corrió hacia la mesita y descolgó.

—Stella Sanford.

—Hola, querida. Soy Dick Jones.

—Oh, Dick, no sabía que estuvieses en la ciudad.

—Pues ya vine de Europa, nena.

—Qué alegría me das.

—Voy a pasar una semana aquí y me dije: «¿Cómo estará la monísima de Stella?». Y ya lo ves, marqué tu número.

—Te lo agradezco, Dick.

—¿Qué te pasa, Stella?

—¿A mí?

—Te noto un poco nerviosa.

—Es la emoción de oírte.

—Caramba, eso es para sentirse halagado.

—Te he echado de menos, Dick.

—¿Desde cuándo?

—Desde que te marchaste, naturalmente.

—Eh, Stella, yo creí que Bob Haynes era el muchacho de tus sueños.

—Salí con Bob durante unas semanas, pero luego lo dejamos.

—¿Por qué?

—Incompatibilidad de caracteres —rió un poco histéricamente Stella.

—Entonces, ¿podemos salir?

—Claro, que podemos salir.

—¿Hoy?

—Sí, Dick, hoy.

—Prepárate porque lo vas a pasar en grande...

—Es lo que necesito.

—¿A qué hora quieres que vaya a por ti, Stella?

—A las seis.

—Muy bien, Stella. A las seis en punto, y ya sabes que yo no fallo.

Se despidieron y Stella colgó y se echó a reír pensando en Dick Jones. Era un tipo divertido. Quizá por eso no le había hecho mucho caso cuando le hizo proposiciones para casarse. No se imaginaba a Dick como marido. Siempre había pensado que el matrimonio era una cosa más seria. Para Dick la vida era una pura broma. ¿O se estaba equivocando ella y Dick tenía razón?

Otra vez el teléfono sonó y de nuevo dio aquel grito.

Esta vez se sentó en el sillón. Tenía que ser la llamada que estaba esperando porque había fallado la primera, ya que resultó ser Dick Jones.

—¿Sí?

—Hola señorita Sanford.

—Se retrasó un poco —dijo Stella.

—Su teléfono estaba comunicando.

—Dígame.

—Es mucho dinero el que pide.

—Cien mil dólares por su seguridad no es mucho dinero, ya discutimos ese punto.

—Sí, señorita Sanford, discutimos ese punto y por ello he decidido entregarle los cien mil dólares.

Stella sintió una gran alegría. ¡Cien mil dólares! Dios mío, era una fortuna. Mandaría al diablo su cargo de asesora literaria de la Editorial Nilsson. Viajaría por el mundo. Primero iría a México, luego a Brasil y desde allí a Italia. Millones de americanos habían viajado a Italia, millones de seres sin sensibilidad artística habían puesto sus ojos sobre las maravillas que los artistas del pasado habían producido en Italia: cuadros, pinturas murales, esculturas... Y ella, que se merecía más que nadie contemplar aquellas obras de arte, no había podido cruzar el Atlántico todavía. Pero vería realizado su sueño gracias a los cien mil, dólares que, iba a

conseguir en aquel negocio.

—Señorita Sanford, ¿cómo quiere que le entregue el dinero?

—En mi apartamento, dentro de una hora.

—De acuerdo.

—Pero venga solo.

—Iré solo.

Colgaron a la otra parte y Stella lo hizo a continuación.

Otra vez estaba alegre. Tendría que prepararse. Quería estar arreglada para cuando llegase aquel hombre con los cien mil dólares. Y luego, con Dick, estaría resplandeciente. Lo estaría sin lugar a dudas. Con cien mil dólares se sentía la reina del mundo. Tomaría una ducha.

Se desvistió en el dormitorio.

Poco después estaba recibiendo una buena ración de agua caliente.

Creyó oír un ruido en la habitación vecina, en su dormitorio. Pero eso no era posible. Nadie tenía la llave de su apartamento.

Cerró el grifo, porque, quizá debido al agua, aquel ruido sólo había existido en su imaginación.

No oyó nada.

Sonrió. Eso había sido. Algo que sólo había existido en su mente. Fue a abrir el grifo del agua fría cuando oyó el chirrido de la puerta.

Stella vio a través de las cortinas de plástico una figura. Se quedó paralizada.

—¿Quién es...? ¿Quién está ahí?

Una mano abrió las cortinas de plástico. Una mano que empuñaba un cuchillo.

Stella vio horrorizada a un hombre que cubría el rostro con una máscara. La máscara de un macho cabrío. Y Stella ya no vio más porque el cuchillo se clavó en su estómago.

Stella dio un chillido mientras golpeaba las desnudas espaldas contra la pared. El cuchillo salió del estómago y entró en el vientre de Stella.

Ya no gritó porque había perdido las fuerzas y le salía un silbido por entre los dientes.

El cuchillo siguió saliendo y entrando por distintas partes del cuerpo de Stella, desde el cuello hasta los muslos.

Dick Jones oprimió el timbre de la puerta de Stella Sanford. Tenía un ramo de flores. Era geólogo. Había estado contratado por los franceses que trabajaban en la industria del gas. Ya había terminado su contrato y había vuelto a la ciudad. Pensaba permanecer en ella un par de años. Luego se enrolaría con los árabes, que era los que pagaban mejor. Stella no le abrió la puerta.

Hizo girar el tirador y asomó la cabeza.

—Cu-cú.

Tampoco le contestó nadie.

Termino de entrar en el apartamento.

—Stella.

Oyó a lo lejos el ruido del agua. Stella se estaba duchando. Demonios, ése era un buen momento para empezar una velada.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y sólo necesitó empujarla.

Vio un jarrón vacío y dejó las flores en él. Luego se dirigió hacia el cuarto de baño, andando despacio.

También la puerta del cuarto de baño estaba entornada y la abrió con cuidado...

La sonrisa que esbozaban sus labios se fue helando poco a poco. Quedó horrorizado.

Stella yacía en el baño y tenía el cuerpo apuñalado y la sangre había corrido con el agua hacia el agujero.

Vio algo en la pared. Habían escrito una palabra: «Aquelarre». Retrocedió tambaleándose.

Necesitaba un vaso, un largo vaso de *whisky*.

Había visto a algunas personas accidentadas a lo largo de su vida porque trabajar con el petróleo y con el gas que se extraía de la tierra daba lugar a muertes inesperadas, y había visto a tipos destrozados, pero jamás se había impresionado como ahora.

La puerta se abrió y un hombre entró en el *living*. Dick lo miró con una expresión estúpida.

—¿Quién es usted? —dijo al desconocido.

—Dick Jones. ¿Y usted?

—Mark Davis... ¿Dónde está Stella?

—En el cuarto de baño... Muerta...

—¿Qué?

—La mataron.

—¿Cómo?

—Perdone, estoy enfermo. Necesito un trago.

—Venga conmigo y déjese de tragos.

—¿Adónde quiere que vaya?

—Al baño.

—No por favor, no quiero verla otra vez.

—Tendrá que verla, señor Jones. Todavía no sé si usted es él asesino.

—¿Yo el asesino? ¡Stella y yo éramos amigos!

—Ya me contará eso luego. Ahora camine.

Jones hizo un gesto compungido y fue otra vez al baño, seguido de Mark.

Dick cerró los ojos para no ver a Stella y Mark fue el único en observar a la víctima y la palabra que había en la pared.

Jones abrió los ojos y entonces se sintió presa de las náuseas.

Salió tambaleándose y Mark lo hizo detrás.

Mark sirvió un *whisky* en el mueble-bar del *living*.

—¿Cuándo llegó, señor Jones?

—Hace cinco minutos. Poco antes que usted. Ella no me abrió y entonces entré... —Bebió otro trago de *whisky*—. No había visto a Stella desde hace dos años. Justamente llegué hoy y le telefoneé. Por cierto, la encontré muy nerviosa.

—¿Le preguntó por qué?

—Sí, y me contestó que era por la emoción de mi llamada.

—¿Algo más?

—Eso es todo, señor Davis... Pobre Stella... Dios mío, morir de esa forma, cosida a puñaladas.

—Diecisiete.

—¿Las ha contado?

—Tenía que hacerlo. Ya murió otra mujer de la misma forma que Stella.

—¿Le dieron diecisiete puñaladas igual que a Stella?

—Sí, y además, era amiga de Stella.

—¿Es una cadena de crímenes?

—Se puede llamar así, aunque de momento sólo son dos.

—Caracoles, pues llegué en buen momento. Ojalá hubiese continuado en Francia.

Mark encontró simpático a Dick Jones. No, no podía sospechar

de él, pero el teniente Conelly no iba a pensar lo mismo. Sin embargo, tenía que llamar al teniente porque aquel crimen probaba la inocencia de Henry Kramer con respecto a la muerte de Susan Robinson. Aunque el teniente no dejaría libre a Henry Kramer. De eso estaba seguro. Marcó el número de la policía y al poco rato ya estaba oyendo la voz del teniente.

—¿Qué le pasa, periodista?

—Tiene otra víctima para la Morgue... El crimen fue cometido en las mismas circunstancias que el de Susan Robinson. Y tiene también la palabra mágica en la pared, escrita en sangre... «Aquelarre».

CAPÍTULO X

Tal como Mark Davis esperaba, el teniente detuvo a Dick Jones para interrogarlo en la comisaría, aunque no lo inculpó oficialmente del crimen de Stella Sanford.

Mark había querido marcharse, pero Conelly no le dejó.

El agente Tim se había llevado a Dick Jones, con las protestas de éste, y luego se llevaron el cadáver de Stella Sanford.

Mark estaba en el rincón del bar, con un vaso de *whisky* en la mano, cuando se le acercó el teniente.

—¿Por qué viniste aquí, Mark?

—Quería hablar con Stella Sanford.

—¿Sobre qué?

—Stella también había leído el manuscrito.

—¿Otra vez con el dichoso manuscrito?

—Teniente, el título es *Las brujas también mueren*. Y en los dos casos, el asesino escribió la misma palabra con la sangre de las víctimas.

—Pudo hacerlo para despistar. Nadie deja su firma en un asesinato.

—Aquí tampoco lo dejó. Y quienquiera que sea, puede estar seguro de su impunidad.

—¿Por qué?

—No lo sé, teniente, pero ésa es la impresión que tengo y es lo que me desconcierta.

—El periodista sabio se desconcierta como un policía cualquiera.

—Sí, teniente, confieso que en este caso no consigo seguir adelante. Llega un momento en que me estrello contra un muro. El asesino se cree muy listo. Puede dejar su firma, la palabra. ¿Por qué? Porque está seguro que de ninguna forma podrá ser atrapado.

—Tonterías. Yo tengo la solución.

—Bravo, teniente.

—El tipo está loco.

—Todo asesino tiene algo de perturbado.

—No lo digo en ese sentido. El asesino está completamente loco.

—Teniente, no siga por ese camino.

—De acuerdo. Abandonaré ese camino, si tú me dices cuál es el otro.

—No le puedo indicar ninguno de momento.

—Gracias, periodista sabio.

—¿Soltará a Henry Kramer?

—No, no lo soltaré.

Mark sonrió porque eso era lo que había esperado de Conelly. El teniente se sintió irritado al ver aquella sonrisa.

—Henry Kramer puede tener un cómplice, periodista sabio.

—Sería demasiado sencillo.

—Tengo experiencia. Llevo muchos años en la profesión. ¿Y sabes una cosa? Los crímenes más complicados siempre han tenido la solución más sencilla —se tocó la cabeza—. Un timbre que yo tengo aquí dentro me dice que este caso es menos complicado que devanar una madeja.

—¿Devanó alguna vez una madeja?

—Muchas.

—¿No se enredó?

—Sí, me enredé una vez.

—Pues, cuidado —contestó Mark mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿Adónde vas, Mark?

—Me gano la vida trabajando en un periódico y necesito escribir sobre lo que acabo de ver aquí.

Conelly lo señaló con el dedo.

—No me la pegas. Telefoneaste a tu periódico.

—Sí, teniente, telefoneé a mi periódico mientras usted venía, pero ahora necesito hacer mi crónica. Buena suerte para devanar su madeja.

—¡Vete al diablo!

—Me temo que tendrá que irse usted con él un rato, si quiere solucionar estos crímenes.

El director John Mayer estaba de otro humor. Dio una palmada a Mark que estaba escribiendo ante la máquina.

—Estupendo, muchacho. Así se trabaja.

—Oye, jefe, estás dando vueltas alrededor de mí desde hace quince minutos y no puedo concentrarme.

—Ya me voy, muchacho, ya me voy. Continúa pegándole a la máquina. Quiero que te salga una crónica brillante.

—¿Qué hay de mi aumento de sueldo?

—¿Cómo dices?

—Estás un poco sordo, ¿verdad?

—Sí, últimamente lo estoy.

—Sueldo, dinero, pavos, hojas de lechuga.

—Cuando terminemos el caso te invitaré a una ensalada.

—Te voy a curar la sordera, jefe. Si no hay aumento de sueldo, me largo a otro periódico.

—No puedes hacerme a mí eso.

—Habla con los patrones de la pasta y diles que no puedes prescindir de tu mejor colaborador.

—¿Dónde está mi mejor colaborador?

—Sentado en esta silla —se señaló a sí mismo Mark—. ¿O es que también te estás volviendo cegato?

—Tú y tus chistes —dijo Mayer y se marchó.

Mark continuó tecleando.

De pronto oyó la voz de Marion a sus espaldas.

—¿Mi amo querer que yo darle fresco con un abanico?

—Marion, eres muy mala imitadora de una esclava del sur.

—Es que yo ser negra y no ir al colegio.

—Pues vuelve a tu campo de algodón, negrita, y déjame que termine mi crónica.

—¿Sigues pensando en ir con la diablesa?

—Es una cita que no me perdería por nada del mundo.

—¿Negrita esperar a amo en su apartamento?

—Negrita irse a la cama y dejar en paz al amo.

—¡Puaf! —Hizo Marion y se marchó. Mark continuó su trabajo en la máquina.

Sonó el teléfono que tenía sobre la mesa, pero tardó unos instantes en descolgar, hasta poner punto final a la frase que tenía en mente.

—Mark Davis.

—Señor Davis, soy la señora Gardner.

—Hola, señora Gardner. ¿Cómo le va?

—Muy mal. Ya ocurrió.

—¿A qué se refiere?

—A Norman.

—¿Qué pasó, señora Gardner?

—Lo atropelló un auto.

—¿Dónde está?

—Se está muriendo en el hospital de San José.

—Voy para allá, señora Gardner.

Mark sacó el papel de la máquina. La crónica estaba sin terminar, pero podría publicarse.

Se la entregó a Tony, un muchacho de dieciséis años que hacía de mensajero.

—Para el director, Tony.

—Dijo que pasase por su despacho cuando terminase.

—Dile que tengo que irme ya; hay otra víctima.

Mark viajó con rapidez hacia el hospital de San José.

En la recepción del hospital preguntó por Norman Gardner.

—Lo están operando en el quirófano número 6. En el corredor estaba la señora Gardner.

Fue ella quien se dio a conocer.

—¿Habló con su marido, señora Gardner?

—Hasta ahora no me dejaron.

Salió un hombre del quirófano y se acercó a la señora Gardner.

—¿Cómo está Norman, doctor? —preguntó ella.

—Mal, señora Gardner. Sufrió lesiones internas. Pero todavía vive. Hemos hecho toda lo que estaba a nuestro alcance.

Mark intervino:

—¿Puedo hablar con él?

—No, no puede. De todas formas está bajo los efectos de la anestesia.

—Es importante que hable con Norman, doctor.

—Tengo entendido que no sabe nada del accidente, si es eso lo que le interesa. Sólo recuerda que un coche lo alcanzó porque luego, perdió el conocimiento. De todas formas, podrá, hablar con el paciente dentro de media hora, pero sólo por unos minutos.

—Sí, doctor.

El doctor se marchó y la señora Gardner se apoyó en la pared.

—Mi vida con Norman no ha sido demasiado feliz, pero le quiero.

—Señora Gardner, ¿no habló con Norman antes del accidente?

—Sí, llamó a casa.

—¿Para qué?

—Para decirme las tonterías de siempre.

—¿Qué tonterías?

—Dijo que iba a trabajar. Se iba a contratar con una firma, importante. Llevaría la contabilidad. Recibiría un sueldo muy bueno. Mil dólares al mes.

—¿Con quién iba a trabajar?

—¡No lo dijo...! Pero yo no le podía creer, señor Davis... Me había hablado muchas veces de cosas parecidas. No sabe usted el número de veces que lo hizo. Puede que veinte. He perdido ya la cuenta. Siempre iba a contratarse con alguien que le pagaría muy bien. Ya no bebería más y sería un marido normal. Ahorraríamos y, en cuanto reuniésemos dinero, nos compraríamos una casita con jardín. Sabía que ése era mi sueño. Tener una casita donde yo cultivaría mis rosas...

—Quizá esta vez le dijo la verdad:

La señora Gardner lo miró, con ojos que alentaban la esperanza.

—¿Cree usted?

—Sí, señora Gardner. Estoy seguro de que Norman esta vez le decía la verdad. Iba a ganar mil dólares por mes.

Mark había formado una idea acerca de la llamada telefónica de Norman a su mujer.

Teniendo en cuenta el accidente, sólo había una palabra para definir aquella situación: chantaje. Así tenía que haber sido. Norman iba a chantajear al asesino, a la persona que había acuchillado a Susan Robinson y a Stella Sanford. Le había salido mal, pero lo que no sabía el asesino, era que Norman nunca hubiese pedido más de lo que pedía. Mil dólares al mes. Con mil dólares mensuales Norman habría obtenido todo cuanto deseaba.

Sacaron a Norman del quirófano. Estaba dormido.

Mark pasó su brazo por los hombros de la señora Gardner, quien escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar.

Ella entró en la habitación número 574 y Mark se quedó fuera fumando un cigarrillo. En un momento determinado, una enfermera

salió.

—Señor Davis, puede entrar. Pero el doctor dijo que sólo por cinco minutos. Mark asintió con la cabeza.

Norman había despertado de la anestesia. Su mujer estaba a su lado, estrechándole la mano derecha.

—Hola, Norman —dijo Mark.

Norman se mojó los labios con la lengua. Quiso decir algo, pero estaba demasiado débil.

Mark se inclinó sobre él para escucharle.

—¿Tienes que decirme algo, Norman?

—Los brujos... Aléjese de ellos.

Norman dobló la cabeza bruscamente. La señora Gardner emitió un gemido. La enfermera se inclinó sobre Norman.

—Ha muerto —dijo.

CAPÍTULO XI

Rock Mason se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Le aseguro que es increíble, señor Davis. Dos de nuestras colaboradoras fueron asesinadas y de la misma forma.

—He preguntado por el señor Nilsson, pero me dijeron que había salido.

—Sí, fue a discutir un negocio con otro editor, pero volverá a la oficina antes de las cinco.

—Señor Mason, descubrí algo en el apartamento de Stella Sanford.

El rostro de Mason se demudó.

—¿Que usted encontró algo?

—Una carta... Quiero leerle su contenido.

Mark sacó un sobre y de él extrajo la carta que leyó en voz alta:

«Adorable bruja, te quiero. No puedo vivir sin ti. Te lo aseguro, Stella. He tratado de apartarte de mi imaginación, pero eso ha sido superior a mis fuerzas. Estoy dispuesto a todo por ti. A todo. Stella, dime que quieres tenerme a tu lado y allí estaré adorándote».

Mark levantó los ojos clavándolos en el rostro de Mason.

—Luego está la firma.

—¿Quién firma esa carta?

—Satán.

—Es impresionante, señor Davis. ¿Tiene algo que ver con el crimen?

—Podría tenerlo.

—¿Por qué me ha leído esa carta, señor Mason?

—Porque la escribió usted.

—¡No!

—Sí, señor Mason, la escribió usted.

—No puede demostrarlo.

—La carta está escrita a máquina, pero la firma fue hecha con bolígrafo. Antes de entrar aquí hablé con su secretaria, la señorita Simmons. La distraje unos instantes para ver unas cartas que usted había firmado. La letra de su firma, es justamente la de Satán.

Mason se puso otra vez el pañuelo por la frente.

—De acuerdo, fui yo.

—Gracias por no insistir en su inocencia.

—¡No tengo nada que ver con el crimen!

—Dejemos eso ahora. Hablemos del contenido de la carta.

—No sentía lo que escribía ahí. Se lo juro.

—¿Estaba enamorado de ella?

—No.

—Aquí dice que la adoraba.

—Era mentira... Señor Davis, yo soy casado, tengo tres hijos. Yo sólo quería tener una aventura con Stella. Usted sabe de esas cosas.

—No, no lo sé. Nunca estuve casado.

—La vida matrimonial, a través de los años, se hace rutinaria. Estoy seguro de que usted es un hombre de mundo, con experiencia.

—Y la que no tengo, la voy adquiriendo con tipos como usted.

—Stella me gustaba... Y me pareció una chica con pocos prejuicios. Quiero decir que era una mujer capaz de sostener relaciones con un hombre casado. Eso no ocurrió enseguida. Stella ingresó en la casa hace cuatro años.

—Ya supongo que no lo intentó usted al principio. Tenía que demostrar primero su superioridad, porque Stella era una subordinada. ¿O no lo intentó entonces porque tenía otro amor secreto y no necesitaba a Stella?

—No diga eso, señor Davis.

—No lo debo decir porque hiero sus sentimientos de marido y de padre, ¿verdad, señor Mason?

—Soy un buen marido y un buen padre.

—Déjeme que me ría.

—Mi mujer está satisfecha de mí y también lo están mis hijos.

—Claro, su mujer no sabe la doble vida que lleva su maridito del alma y eso demuestra una cosa. Que es usted muy astuto.

—Sólo soy discreto.

—¿También es discreto para matar?

—¿Qué dice?

—Señor Davis, quiero que me diga si conoce a cierta persona, pero, le voy a hacer una advertencia. Si me engaña se lo voy a hacer pagar.

—¡No consiento que me hable así!

—Usted me va a contestar eso y otras cosas.

Mason se levantó.

—¡Váyase inmediatamente, señor Davis!

—¿De verdad, quiere que me vaya?

Mason sonrió con desprecio.

—¿Me está amenazando con entregar esa carta a la policía?

—Yo no hago esas cosas. Pero si usted estuviese en mi lugar, lo haría porque es un gusano.

—Señor Davis, ¿quiere que le saque de aquí a puntapiés?

Mark se levantó y propinó una bofetada a su interlocutor.

Mason se tambaleó, pero no llegó a caer. Miró asombrado a Davis.

—¿Qué ha hecho?

—Si no se sienta, le voy a hinchar la otra parte de la cara.

Mason titubeó unos instantes y por fin ocupó el sillón.

—¿Dónde estábamos, señor Mason? —Gruñó Mark:

—Me iba a decir un nombre.

—¿Cuál es el nombre?

—Oh, sí, celebro que lo recuerde.

—Gisela Martin.

—¿Gisela Martin?

—No repita mis palabras. ¿Lo oyó bien?

—¡No conozco a ninguna Gisela Martin!

—Ahora respondió demasiado aprisa.

—¡No conozco a ninguna Gisela Martin!

—Tiene veintiséis años y es muy esbelta, ojos grandes claros. Yo la he visto siempre con cabello rojizo, pero puede ser una peluca. Ahora las hacen muy bien. Senos menudos, piernas largas y bien formadas. Es una mujer que respira seducción por todos sus poros...

—¡Le juro que no he visto nunca a esa mujer!

—¿Cuándo vio por última vez a Stella?

—Esta mañana.

—¿Dónde?

—Aquí.

—¿De qué hablaron?

—Del manuscrito.

—¿Se refiere a *Las brujas también mueren*?

—Sí.

—¿Usted le preguntó sobre él?

—Le pregunté por su valor literario.

—¿Nada más?

—Era lo único que me interesaba.

—¿Y qué le contestó ella?

—Que Frank Roberts era un gran escritor. A su juicio, ya era una firme realidad y no una esperanza.

—Y a usted eso lo debió llenar de satisfacción.

—Siempre me llena de satisfacción descubrir nuevos valores.

—Pero usted no sabía quién era Frank Roberts y no podía ponerse en contacto con él. ¿O sabe quién es Frank Roberts?

—No, no lo sé.

Mark miró al techo como distraído.

—¿Es usted Frank Roberts?

—¿Cómo?

—He preguntado si es usted Frank Roberts.

—Claro que no.

Mark ya estaba mirando otra vez a Mason.

—¿Quién cree que es Frank Roberts?

—No tengo la menor idea.

—¿Y cómo va a publicar el libreto *Las brujas también mueren*?

—He pensado que en algún momento aparecerá el autor.

—¿Lo cree usted de veras?

—Es lo lógico.

—Sería lógico si el autor le hubiese mandado a usted el manuscrito, pero eligió un camino irregular. Probablemente, lo entregó a Susan Robinson o se lo envió a su domicilio.

—Sí, cabe esa posibilidad.

—¿Entonces?

—No queda más remedio que esperar.

Mark guardó la carta en el bolsillo.

—¡Señor Davis, deme eso! —exclamó Mason.

—No.

—¡No tiene ninguna importancia!

—¿No la tiene? Stella Sanford fue apuñalada y el asesino escribió una palabra en la pared, «Aquelarre». Y da la casualidad de que usted emplea dos palabras en la carta que resultan sospechosas. Bruja y Satán.

—Fue solo una coincidencia.

—Admito que se pueda llamar a una mujer bruja como un requiebro. Pero ¿qué me dice de Satán? ¿Por qué se consideraba usted un demonio, señor Mason?

—Fue lo primero que se me ocurrió. Esa carta fue escrita hace dos semanas, mucho antes de que Susan Robinson muriese.

—Guardaré la carta, señor Mason. No la entregaré a la policía si no es necesario.

—¿Cuánto quiere por ella?

—Otra sugerencia como ésta y le sacudo más fuerte que antes.

Mark dio media vuelta y abandonó la oficina de Mason.

CAPÍTULO XII

Mark Davis salió del ascensor en la última planta donde estaba el estudio de Gisela Martin.

—Señor Osborn.

Era Laura. Estaba en la puerta de su estudio. Ella se puso un dedo en los labios para que Mark no dijese nada y le invitó a entrar.

Mark fue con ella.

En el estudio de Laura también había estatuas, trabajos terminados y a medio terminar. Mark no vio ningún macho cabrío, ninguna bruja.

Se volvió hacia Laura, quien lo miraba fijamente a los ojos.

—Señor Osborn, ¿por qué ha venido?

—Quedé citado con Gisela.

—No debe acudir a esa cita.

—¿Por qué no?

—Puede ser desastroso para usted.

—¿Se refiere a que Gisela me puede enamorar y que es una mujer cruel y que juega con los hombres?

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo experiencia con las mujeres.

—Si sabe que Gisela es así, ¿por qué ha insistido en acudir a su lado?

—Porque me gusta.

—Entiendo, usted piensa sacar el máximo partido de la situación.

—Sí.

—Es indecoroso.

—Me limito a hacer el mismo juego que Gisela. Si yo le gusto a ella y ella me gusta a mí, pasamos un buen rato y luego adiós.

—Me decepciona, señor Osborn.

—Lo siento. Y ahora, si ya ha terminado de darme sus consejos,

me voy a reunir con Gisela.

Mark echó a andar hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó Laura.

Mark se volvió con las cejas enarcadas.

Laura se estaba mordiendo el labio inferior, como si le costase trabajo decir lo que tenía en su mente.

—No entre en el estudio de Gisela, señor Osborn.

—Ya me dio una razón y no la considero con suficiente fuerza.

—Es que hay otra.

—¿Cuál?

—No puedo decírsela, pero le aseguro, que si entra en el estudio de Gisela, se arrepentirá.

Mark le sonrió.

—Debe ser más explícita.

—Le he dicho que no puedo.

—¿Por qué no? Aquí nadie nos oye.

—Se equivoca. Ellos lo oyen todo.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Ya he hablado demasiado, señor Osborn. Haga lo que quiera.

La joven le dio la espalda y se apretó los brazos.

—Gracias por la advertencia —dijo Mark y salió del estudio.

Cerró con suavidad y se dirigió al de enfrente. Oprimió el timbre y esperó.

Al cabo de unos segundos le abrió Gisela. Estaba arrebatadora de belleza. Se cubría con un vestido negro distinto al que llevaba en La Caja de Música, cuando la conoció.

—Adelante, Harry.

—Me ha dejado sin habla. ¿Siempre es tan hermosa?

—Sólo los sábados.

Davis recordó que el sábado era el día de las brujas. Se reunían aquel día, a medianoche, para celebrar su gran fiesta, el Sabbat.

Entró en el apartamento. Pero allí no había nadie.

—Estamos solos —dijo Gisela como si adivinase el pensamiento de Mark.

Luego se acercó a él. Le pasó el brazo desnudo por el cuello y le ofreció sus labios entreabiertos para que él los besase.

Mark vio otra vez aquellos labios en un primer plano.

Gisela emanaba efluvios femeninos. Por un momento pensó que

estaba equivocado, que Gisela Martin sólo era una espléndida mujer, que había perdido su tiempo tratando de establecer que ella era una bruja, y sólo lo era en el sentido que Rock Mason había escrito aquella palabra, bruja, en su carta a Stella Sanford.

La besó y el beso fue muy largo.

Gisela separó su boca al fin, pero no apartó el brazo del cuello de Mark.

—Eres maravilloso, querido.

—Y tú eres un encanto.

—Formamos una gran pareja.

—También lo digo yo.

—¿Dónde me vas a llevar a cenar, Harry?

Mark recibió la primera sorpresa. Había creído que Gisela y él cenarían allí.

—Donde tú quieras, Gisela.

—No tengo preferencias.

Mark sugirió:

—¿La Caja de Música?

—De acuerdo.

Antes de salir, Gisela lo besó otra vez.

En el corredor se encontraron con Laura. Ella también salía de su estudio.

—¿Qué tal, señor Osborn?

Gisela pareció sentirse molesta ante la aparición de Laura. Mark hizo un saludo a Laura y Gisela y dijo:

—Creí que te habías marchado con Mike, Laura.

—Mike tenía a su madre enferma y no pudo salir. Yo voy a dar una vuelta. Regresaré pronto. Que se diviertan.

Miró a Mark y éste creyó ver en sus ojos una súplica. Luego Laura echó a correr por la escalera.

—Es simpática tu amiga —comentó Mark.

—Un poco entrometida —comentó Gisela.

Mark había llamado al ascensor. Bajaron en él y ya no vieron a Laura.

En el auto, Gisela le pidió cigarrillos. Encendió dos y puso uno en los labios de Mark. Estaban viajando en silencio cuando Gisela dijo:

—Este coche es de Mark Davis.

Mark dio un respingo.

—Oh, sí, es un amigo. Tenía el mío estropeado y me lo dejó por unos días.

—¿Quién es Mark Davis?

—Un periodista.

Prefirió decir la verdad porque quizá Gisela había oído hablar de Mark Davis, el periodista del Star. Había escrito algunos reportajes que alcanzaron popularidad.

—No me gusta ese periodista.

—¿Por qué no?

—Es sensacionalista.

—Bueno, él cumple con su deber.

—Pero lo cumple de una forma muy extraña.

—¿A qué te refieres, Gisela?

—A que inventa las cosas cuando no encuentra las que son de interés, para su público.

—Eres demasiado severa con mi amigo.

—Todos los periodistas de la especie a que pertenece Mark Davis tienen interés por una sola cosa. Por ganar dinero. Y para ello necesitan que sus periódicos lancen centenares de miles de ejemplares, y no se detienen ante nada.

Mark no quería seguir hablando de Mark Davis, de él mismo. Era terreno pantanoso. En cualquier momento podía quedar enterrado en las arenas movedizas.

—¿Y tu amigo, Gisela?... Walter.

—Oh —rió ella—, logré que me dejase en paz.

Así diciendo, Gisela pasó otra vez su brazo por el cuello de Mark. Se inclinó sobre él.

—Bésame, Harry.

—Tengo las manos en el volante.

—Con una mano te basta para manejar el volante. Manéjame con la otra mano a mí.

Mark la besó de nuevo, pero esta vez el beso fue rápido.

Llegaron a La Caja de Música. Había mucha gente, como la noche anterior. Estaba oscuro, con aquellas luces rojas difusas.

—Buenas noches, señorita Martin —dijo el camarero.

Tomaron posesión de una mesa del fondo, junto a la pared.

Mark trató de ver a su alrededor, pero sólo descubrió una cara

femenina demasiado pintada y otro rostro, el de un hombre que defendía sus ojos con lentes de alta graduación.

Ambos pidieron asado de carne.

Cuando el camarero se fue, Gisela puso su mano sobre la de Mark.

—Mírame a los ojos, Harry.

Davis la miró a los hermosos ojos y entonces ella dijo:

—¿Te quieres casar conmigo, Harry?

Mark estaba preparado para todo, pero no para eso.

CAPÍTULO XIII

Mark se echó a reír.

El rostro de la joven se puso tenso.

—¿Lo encuentras gracioso, Harry?

—Oh, no, perdona.

—Entonces, ¿a qué viene esa risa?

Mark se inclinó sobre ella y le besó la mano.

—No te convengo como marido, Gisela.

—Soy yo quien debe decidir eso.

—Soy una calamidad... Harías un mal negocio, Gisela.

—¿Hay otra mujer?

—No.

—Entonces, soportaré tus calamidades.

—¿Por qué corremos tanto, Gisela? Apenas nos conocemos.

—Yo ya te conozco a ti.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo soy?

—Un hombre atractivo, varonil, encantador.

—Caramba, no me habían dicho tantos halagos seguidos.

—No te burles de nuevo.

—Palabras que no me estoy burlando... Ya te he dicho que eres una mujer maravillosa. Tienes algo que no he encontrado nunca en otra mujer.

—¿El qué?

—No sabría definirlo.

—Inténtalo.

—Eres una extraña combinación de todo lo que una mujer debe poseer para atraer a un hombre. Y todo aquello que un hombre teme más en una mujer.

—Aclárame la segunda parte. ¿Qué es lo que temes en mí?

—Tu seguridad...

—¿Es un defecto?

—Te he visto hablarle a Walter y a Laura, y me recordabas a una reina dirigiéndose a sus súbditos, a sus esclavos.

—Soy algo más que una reina.

—¿El qué eres?

—Sé dominarme, soy dueña de mis actos.

—Pero te quieres casar conmigo. ¿No significa eso que te doblegas ante mí?

—No me doblego ante ti. Sólo quiero que compartas conmigo lo que tengo.

—¿Te refieres a tu estudio?

—Me refiero a otras cosas.

—¿Cuáles?

—Sólo lo sabrás cuando seas mi marido.

—¿Por qué tanto misterio?

—Es necesario.

Mark pensó que tenía que correr el riesgo. La propia Gisela le brindaba la oportunidad de descifrar aquel misterio.

—Me casaré contigo, querida.

—Oh, Harry... Me haces muy feliz.

Ella se levantó.

—¿A dónde vas?

—Volveré enseguida —se limitó a contestar Gisela.

Al quedar a solas, Mark se preguntó si estaba haciendo las cosas como procedían y la respuesta fue afirmativa. Gisela le había señalado el camino y él no tenía más remedio que seguirlo.

El camarero trajo el asado.

Gisela tardó en regresar quince minutos. Comieron la carne y luego Gisela dijo:

—Vámonos a casa. Te tengo preparada una sorpresa, Harry.

Mark sintió un escalofrío por la espalda. No sabía qué clase de sorpresa era. Pero un sexto sentido le advertía que se estaba aproximando al principio del fin.

No dijeron nada durante el viaje de regreso.

Gisela abrió la puerta del estudio con su llave.

Apenas entraron, Gisela se abrazó a Mark y lo besó con ardor.

—¿Cuál es la sorpresa, Gisela?

—Cada cosa a su tiempo.

La joven se fue al mueble-bar y escanció en dos vasos de una

botella que contenía un líquido color marrón.

—Toma, Harry. Brindemos.

—¿Qué es eso?

—Un licor húngaro. Te gustará.

Mark lo probó. Era dulce. Tenía un buen sabor.

—Bébelo todo —dijo Gisela.

Mark lo bebió todo de un trago y, de pronto, se dio cuenta de que ella no había bebido nada.

—Voy a quitarme el vestido —dijo Gisela y dejó su vaso sobre la mesa.

Mark la vio desaparecer. Luego vendría la sorpresa. ¿En qué consistiría?

De repente sintió un mareo. Era muy fuerte aquel licor húngaro. Los objetos empezaron a dar vueltas a su alrededor.

—¡Gisela...!

Estaba mirando a la puerta por donde ella había desaparecido pero Gisela ni siquiera le contestó.

Se dirigió tambaleante hacia aquella puerta pero cada vez estaba más mareado y tenía la impresión de que la puerta cambiaba de lugar, a derecha e izquierda. Nunca pudo llegar porque antes se desplomó y quedó sin conocimiento.

No supo cuánto tiempo transcurrió.

Le despertó una extraña música acompañada por extrañas voces. Era un cántico pero no entendía nada de lo que decía el coro.

A su alrededor reinaba la oscuridad. Se medio incorporó y descubrió a lo lejos una luz verdosa.

Quedó sobrecogido porque bajo la luz verdosa vio a un macho cabrío. Sí, allí estaba su cabeza con sus largos cuernos, la boca entreabierta, sonriendo. Las manos delanteras estaban en alto y podía ver sus pezuñas.

El coro estaba a su alrededor, un coro de voces que seguían entonando el cántico ininteligible.

Poco a poco sus ojos vieron más cosas.

A ellas y a ellos, y uno de ellos era Eddie Nilsson el propietario de la editorial que había empleado a las dos víctimas, a Susan Robinson y a Stella Sanford. Eddie Nilsson caminó hacia él.

—Buenas noches, señor Davis.

—Sabía que usted estaría metido en el ajo, Nilsson.

—Usted es muy listo.

—Eso creí yo hasta ahora.

—Pero le diré una cosa, señor Davis. A partir de ahora le voy a llamar otra cosa.

—Dígala, no se quede con las ganas.

—Víctima.

—¿Víctima?

—Sí, señor Davis. Una víctima para el sacrificio.

—¿Me van a ofrecer al macho cabrío?

—Satán se considerará halagado por recibir la sangre y los trozos de un hombre que le ha perseguido.

—No me gusta eso, señor Nilsson...

—No esperaba que le gustase.

—Quiero ver a Gisela... ¿Dónde está ella?

—No puede verla...

Varias personas acudieron al lado de Mark. Vio a Walter el hombre del cabello blanco, y también estaba Laura, pero los ojos de la joven habían cambiado ahora y parecían llenos de furia. Eran los ojos de una mujer poseída por el demonio.

Mark quiso ofrecer resistencia pero estaba demasiado débil. Le tomaron en volandas y, sin dejar de cantar, lo llevaron hacia el macho cabrío.

—¡Gisela! —gritó Mark.

Le contestaron unas risas y siguieron los cánticos. Aquellas personas parecían ebrias.

Lo dejaron en una mesa de piedra, ante el macho cabrío, la mesa del sacrificio. Mark forcejeó pero fue inútil porque en pocos minutos quedó atado a la piedra.

Manos como garras empezaron a rasgar su traje y, le dejaron al descubierto el vientre y el estómago.

Mark se creyó víctima de una pesadilla pero el mareo provocado por el licor supuestamente húngaro iba desapareciendo, y estaba en condiciones de no perderse nada de lo que estaba pasando a su alrededor.

Eddie Nilsson, por encima de él, le sonrió.

—¿Creyó que podía jugar con nosotros, señor Davis?

—Lo atraparán, Nilsson.

—No pueden.

—¿Cree que tiene poder también sobre los policías?

—Los policías no saben nada.

—El teniente Conelly lo sabe todo, porque yo se lo he contado.

—No, señor Davis, usted no ha compartido sus sospechas con nadie. Y perdone que interrumpa este diálogo pero tenemos que continuar la ceremonia.

—¿En qué va a consistir?

—En desangrarlo.

—Hombre, no hace falta que lo hagan.

—Sí, señor Davis, es necesario porque usted debería saber que los brujos y las brujas bebemos la sangre de la víctima.

—La mía es de la peor calidad, señor Nilsson.

Nilsson levantó el brazo y Mark vio en su mano un largo cuchillo. Entonces Nilsson dirigió la mirada al macho cabrío y dijo:

—Oh, Satán, esta noche te ofrecemos este sacrificio para tu mayor gloria.

CAPÍTULO XIV

Mark Davis nunca se había encontrado en una situación tan angustiosa. Iba a morir como un cordero, y la comparación era exacta porque a los corderos les sacrificaban sin una sola oportunidad para defenderse.

Nilsson había cerrado los ojos y ahora sujetaba el mango del cuchillo con las dos manos. En un momento, lo bajaría, y la hoja de acero penetraría en el vientre o el estómago de Mark.

—Quieto todo el mundo —dijo una voz.

Mark no quiso dar crédito a sus oídos. Aquella voz era la de Marion. Nilsson bajó el cuchillo pero no lo clavó en el cuerpo de Mark.

Las brujas y brujos que rodeaban la mesa del sacrificio se retiraron.

—Marion, ¿eres tú? —rezongó Davis.

—¿Qué otra estúpida podía ser?

—Bendita seas.

—Esta gente no parece muy satisfecha de que me digas eso.

—¿Por qué viniste?

—No quería que cayeses en mano de Gisela. Pero no podía imaginar que te quisiesen tantas personas.

—Nilsson —dijo Mark—, aproveche el cuchillo para cortar las ligaduras.

Nilsson negó con la cabeza.

—Nena, ¿tienes una pistola?

—Siempre la llevo en el bolso para evitarme sustos a medianoche y ya sirvió para algo.

—Pégale un tiro a Nilsson si no corta las ligaduras antes de diez segundos.

—Ya lo oyó, señor Nilsson —repuso Marion—. A cortar cuerda, pero hágalo con cuidado y no me lo estropee porque sólo tengo un

Mark Davis que llevarme a la boca.

Nilsson hizo un gesto de rabia pero bajó el cuchillo y empezó a cortar las ligaduras.

Mark saltó de la mesa frotándose las muñecas para restablecer la circulación de la sangre.

Las brujas y los brujos estaban quietos. Los había de cincuenta años o de más. Entre los jóvenes sólo estaba Laura y otra muchacha de cabello negro, pero no estaba Gisela.

—Nilsson, ¿dónde está Gisela?

—Está ahí dentro, en el dormitorio.

—Quiero verla.

—No puede.

—¡He dicho que quiero verla!

—Entonces venga conmigo.

—Marion, no te descuides un segundo. Sigue apuntándoles y, si alguien se mueve, plomo con él.

—No te preocupes, Mark, ya tengo ganas de que alguien se mueva para probar mi puntería.

Mark sonrió porque sabía que Marion tenía miedo a usar el arma y decía aquello para apoderarse del ánimo de sus prisioneros.

Nilsson entró en el dormitorio y Mark lo hizo detrás.

Pero allí no estaba Gisela.

—Nilsson, si no me dice en un segundo dónde está Gisela, lo voy a convertir en escombros.

—Está aquí.

—Ande, dígame que se convirtió en espíritu maléfico. No soy uno de sus estúpidos supersticiosos de ahí fuera que han puesto su fe en una cabra con dos cuernos.

Nilsson se acercó al tocador y se puso de espaldas. Levantó una mano a su cuello. Cogió algo y tiró. Se desprendió de una máscara. Abrió un cajón y sacó una peluca roja y se cubrió. Luego se volvió hacia Mark.

Davis se quedó con la boca abierta.

—Eddie Nilsson era Gisela Martin.

—¿Cómo debo llamarte? ¿Gisela? ¿Eddie?

—Soy una mujer.

—¿Una mujer de verdad?

—Una mujer entera.

—Y puedes hablar como un hombre.

—Desde luego, señor Davis —contestó Gisela con la voz de Eddie Nilsson.

—Debes haberte divertido mucho conmigo.

—Muchísimo. Desde un principio te señalé como víctima. Quise seducirte, demostrarte cuáles eran mis poderes como mujer. Nunca me habría casado contigo. Sólo vine aquí para darte cuerda. Era un juego de astucia y yo gané, Mark.

—No, cariño, tú no ganaste. Olvidas que Marion está ahí fuera con una pistola en la mano.

—Satán hará algo por nosotros.

—¿Como qué?

—Nos libraré de esa entrometida.

—Hablemos de los crímenes.

—Yo maté a Susan Robinson y a Stella Sanford. A Susan la maté como Gisela, y a Stella como Nilsson.

—Empiezas a darme una idea de todo. Frank Roberts era Susan Robinson.

—Sí, la muy estúpida escribió sobre nosotros. Era una de las nuestras pero luego me di cuenta de que algo iba mal. Se excusaba de asistir a nuestras ceremonias hasta que comprendí la verdad. Se había introducido en la secta para escribir sobre ella y aposté a que escribiría cosas reales...

—¿El asesinato de Roy Hanssen, el de la novela, fue real?

—Sí. Pero Susan Robinson cambió el nombre. No era Roy Hanssen.

—¿Qué pasó con la policía?

—Como en el caso de Susan, detuvieron a un inocente.

—¿Ocurrió eso aquí?

—No, en Chicago. Celebramos nuestro rito en distintos sitios porque tenemos relaciones con las sectas de otras ciudades.

—Muy hermoso, muy lindo. En cuanto quieren divertirse organizan una fiesta por todo lo alto, y a beber sangre se ha dicho. Si yo fuese el conde Drácula, les demandaría por competencia desleal.

—Querido.

—¿Ya soy otra vez querido?

—Ésta es la nueva religión.

—No, no es nueva porque es tan vieja como el mundo. Unos adoran a Dios y otros al demonio. Pero desgraciadamente, no sólo vosotros adoráis al demonio. Hay otros que lo llevan dentro sin sacrificar al macho cabrío.

—Te dije que yo era más que una reina. Me han elegido como la máxima autoridad de nuestra religión en los Estados Unidos.

—Pues te acompaño en el sentimiento porque vas a durar muy poco en el cargo.

—No seas tonto, Mark. Tú estarás a mi lado.

—Sí, en la mesa de sacrificio, para pincharme.

—Ahora comprendo que iba a cometer un error contigo. Tú no mereces morir.

—Gracias.

—Tenemos otra víctima... A Marion.

—Vaya, qué pronto has hecho la sustitución. Pero a Marion no le va a gustar nada.

—Cariño, te quiero, te adoro...

Gisela echó a andar hacia Mark y lo hizo con aquellos movimientos felinos, llenos de seducción.

—¿Por qué mataste a Stella Sanford?

—Quiso hacerme chantaje. Debí recordar algo que le dijo Susan Robinson y a ello sumó la lectura del manuscrito. Me pidió cien mil dólares la muy estúpida, y luego me habría pedido más.

—¿Y Norman Gardner también te chantajeó?

—Sí, pero, como él era un gusano, se conformó con poco, mil dólares mensuales. Pero tampoco podía permitir que él viviese conociendo nuestro secreto. Era un borracho que durante algún tiempo había frecuentado nuestro local Salem y que estuvo a punto de pertenecer a la secta. Lo maté con el coche.

—Tú me llamaste para anunciarme que fuese a Riverside Palmera.

—Sí.

—¿Por qué?

—Tú habías solucionado muchos casos ridiculizando a veces a la policía. Te había visto en varias fotografías y pensé que sería muy divertido meterte en el caso. Ibas a fracasar porque de eso me encargaría yo. Te aseguro que me sorprendió mucho que llegases tan pronto a mí. Cuando te vi aparecer en La Caja de Música,

empecé a temer que yo hubiese cometido un error. Por ello consentí que me acompañases a casa. Y luego pasó otra cosa. Que me gustaste. Sí, Mark, me gustaste mucho... Y me sigues gustando.

Mark sentía sobre sí los ojos de Gisela y estaba dispuesto a jurar que de aquellos ojos manaba un fluido magnético.

—Querido, serás mío porque no puedes ser de otra mujer.

Levantó un brazo y rodeó el cuello de Mark y otra vez fue acercando sus labios, que ahora no estaban rojos.

—Bésame, amor mío.

Mark se apartó de ella al tiempo que la abofeteaba. Gisela retrocedió tambaleándose.

—¡Bastardo!

Mark se movió hacia el teléfono y descolgó. Después de marcar un número dijo:

—Por favor, con el teniente Conelly...

—¿No hay un besito para la nena? —dijo Marion al ver entrar a Mark en el antedespacho donde ella trabajaba.

Mark dio un suspiro. Se inclinó sobre la joven, que ya había cerrado los ojos y hecho un hociquín. Pero él no la besó.

Puso delante de la cara de Marion un papel. Marion abrió los ojos protestando.

—¿Es que no me vas a besar?

Se interrumpió al ver lo que tenía delante.

—Eh, Mark, ¿qué es esto?

—¿A ti qué te parece?

—Creo... que es una licencia matrimonial.

—Justo.

—¿Y está a mi nombre?

—Sí.

—Y está también tu nombre.

—Exacto.

—Entonces... tú y yo...

—Ajá.

Marion le echó los brazos al cuello y aplastó su boca contra la de Mark.

Los dos perdieron el equilibrio porque Marion se había abalanzado por encima de la mesa y cayeron en la alfombra.

La puerta del despacho de John Mayer se abrió, y el director del

Star se puso a gritar:

—¡Son horas de trabajo...! ¡Son horas de trabajo!

Marion apartó un momento la boca de la de Mark y guiñando un ojo a John Mayer, dijo:

—Jefe, y qué trabajo.

Y volvió a unir sus labios a los de Mark Davis.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

